

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 11 DE FEBRERO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El nuevo monroísmo

HACE unos días han celebrado los Estados Unidos el primer centenario de la llamada doctrina de Monroe. No sospechaba este Presidente norteamericano el peso que tendría su famoso mensaje en los destinos del mundo. Originariamente es una doctrina de liberalismo; tanto como la independencia de los pueblos de América, procura la defensa de su libertad política. Es la voz del nuevo espíritu republicano de América contra el absolutismo de Europa, encarnado en la Santa Alianza. Junto al aserto de que los Estados Unidos no consentirán ninguna colonización futura en el Continente americano, se declara que tampoco tolerarán a las potencias europeas extender su sistema político a ninguna parte de América. Por un capricho de la historia, a los cien años de proclamada esa doctrina, el absolutismo europeo, que es barrido en su forma tradicional de Alemania, Austria y Rusia, por efecto de la gran guerra, reaparece en otras zonas del Continente y resurge en el comunismo ruso. Pero la doctrina de Monroe no es ya la misma; de doctrina de libertad se convierte en doctrina de imperio.

El monroísmo fué un bien; pero hace tiempo que dejó de serlo. Protegió a las naciones más débiles de América contra la codicia y la opresión de Europa; pero ha sido el instrumento de la opresión y codicia de los Estados Unidos. No es raro en historia que un principio u órgano de libertad concluya en arma de despotismo. Al apartar a Europa de toda ingerencia colonial y política en América, la gran República del Norte afirmó su hegemonía en todo el Continente americano y se encontró sin ningún freno a sus tentaciones. Su política en el mar Caribe y en el centro de América ha hecho pensar a algunos europeos que varios países necesitaban de un contramonroísmo, de una defensa de su integridad y su independencia contra los Estados Unidos. Esa necesidad quedó formulada de un modo universal en la Sociedad de Naciones, uno de cuyos artículos constitucionales ampara la in-

dependencia e integridad de todos los países; pero esa institución pugnaba con el nuevo monroísmo, y después de haber sido concebida y ayudada a nacer por Wilson, fué repudiada por su mismo pueblo, representado en el Parlamento. Pocas veces le ha ocurrido a un estadista tan terrible tragedia política.

Los Estados Unidos han festejado solemnemente el primer centenario de la doctrina de Monroe; mejor dicho, han reitirado su nueva interpretación. En el acto celebrado por la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales, en Filadelfia, el ministro de Estado, Hughes, pronunció un discurso que dista mucho de ser una enmienda a la política interamericana de los Estados Unidos. Proclamó—¡cómo no!; ésa es la obligada teoría—la igualdad de derechos de todas las Repúblicas

americanas y el principio de que es inviolable su integridad territorial; la solidaridad mutua, la reducción de armamentos y el arbitraje; pero a renglón seguido dijo las siguientes palabras:

«Tenemos cierta política especial de la más alta importancia para los Estados Unidos. Hemos establecido un Canal entre el Atlántico y el Pacífico: el Canal de Panamá. Es esencial para nuestra paz y seguridad la protección adecuada de este Canal. Nos proponemos defender el Canal de Panamá en todas las circunstancias, y no podríamos obrar de otro modo con respecto a cualquier otro canal que se construya entre el Atlántico y el Pacífico. Por lo tanto, los desórdenes en la región del Caribe tienen especial interés para nosotros, no con el fin de lograr dominio sobre los demás, sino con objeto de conseguir que nuestra propia segu-

(Pasa a la página 307).

Sobre una frase amenazadora de Mr. Hughes

Señor director de *El Sol*.

Mi distinguido amigo: En su feliz y bienvenido editorial del 7 del mes en curso sobre *El nuevo monroísmo*, leo esta cita del discurso pronunciado por Mr. Hughes, Secretario de Estado de míster Coolidge, en la celebración del centenario de la doctrina monroviana: «Nos proponemos defender el Canal de Panamá en todas las circunstancias, y no podríamos obrar de otro modo con respecto a cualquier otro canal que se construya entre el Atlántico y el Pacífico». No había querido llamar la atención del público español y americano a estas palabras, temeroso de que la transmisión telegráfica las hubiese adulterado o les hubiese agregado un sentido que el orador acaso no quisiera darles. Los periódicos de la América del Sur, en cuyas columnas aparece transcrito el discurso de míster Hughes, dan la misma versión del citado párrafo. La transcripción de *El*

Sol es, pues, correcta, según todas las apariencias.

De los diarios europeos y americanos que he leído después de haber sido pronunciadas aquellas palabras de Mr. Hughes, es *El Sol* el primero en señalar su ominosa resonancia. Tiene el mismo valor que las pronunciadas en hora tristemente solemne, en el Parlamento alemán, por una condigna víctima del arrogante imperialismo. No es maravilla, sin embargo, que la Prensa haya callado en América y en Europa como si se tratase de los inciertos canales de un vecino planeta. Lo sorprendente y doloroso es que los Gobiernos de diez o doce Repúblicas americanas, por cuyo territorio puede pasar un canal del Atlántico al Pacífico, y cuya soberanía queda afectada por las palabras del secretario de Estado yanqui, no hayan enviado a Washington una nota de protesta. Es menos extraño que las naciones europeas hayan permanecido indiferentes ante

aquella declaración; pero es obvio que el punto también les atañe. La protección se ofrece contra una probable amenaza. ¿Quién o quiénes amenazarían el libre uso de un canal interoceánico en América? Seguramente las naciones poseedoras de grandes y ociosas Armadas. En América solamente los Estados Unidos pueden ufanarse de tener a su disposición naves de guerra con que amenazar a países indefensos, y no es de creer que la gran República del Norte piense en defender contra sí misma los futuros canales de América.

El Canal de Panamá fué un error de los técnicos. Costó ocho veces más, construido con esclusas, de lo que habría costado abrirlo a nivel, a través del Darién, utilizando las aguas del caudaloso Atrato, el Nilo suramericano por la posición que ocupa y por la fertilidad inverosímil y la riqueza mineral de las tierras que baña. Es el sentir de ingenieros ingleses que han estudiado el terreno y las necesidades del tráfico. Los mismos ingenieros yanquis reconocen ya que el canal por el lago de Nicaragua habría sido menos costoso, así en la apertura como en la conservación y explotación. El Canal de Panamá puede llegar a ser insuficiente para el tráfico del mundo. El Istmo del Darién parece llamado a ser el centro de un tráfico en que se cruzan los productos de Europa, de América, Asia y Oceanía. El Canal de Panamá, servido por medio de esclusas, es de lenta operación, y, en concepto de algunos ingenieros, su mantenimiento es cada día más difícil por lo deleznable y absorbente de los terrenos en que fué excavado. El mundo habrá menester pronto otro canal interoceánico sin esclusas. Además de esto, las naciones americanas pueden tener necesidad, para completar su desarrollo, de reformar la Naturaleza, procurándose vías internas acuáticas, destinadas al servicio de sus propios intereses, sin descuidar los del mundo culto, ni menos oponerse a ellos. Argentina y Chile sienten la necesidad de tender un lazo líquido entre sus pueblos, y no es de ayer la idea de excavar un canal interoceánico en las latitudes australes del Continente americano. El Brasil puede pensar un día en utilizar sus inmensas posibilidades económicas para completar, de acuerdo con el Ecuador y el Perú, la obra de la Naturaleza en la América del Sur, uniendo las aguas del océano Pacífico a ese mar de agua dulce que baña las selvas americanas a lo largo de la línea equinoccial. Colombia, nación pobre hoy, cuyo territorio puede dar cabida a 85 millones de habitantes, con un índice de población como el de Francia, o a 190 millones, con una densidad igual a la de Bélgica, y cuyas riquezas naturales en

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

los tres reinos la pondrían, debidamente explotadas, en capacidad de bastar a las necesidades de su máxima población, sin dejar de vender al mundo un exceso considerable de sus variadas producciones, Colombia, digo, necesitará entonces un canal interoceánico propio, para excavar el cual posee la más ventajosa y barata de las rutas exploradas hasta el día. Basta una *ochiata* sobre el mapa de México para comprender que el desarrollo de sus oportunidades naturales requiere la apertura de un canal a través de su territorio entre los dos océanos; acaso uno solo no sería suficiente para corresponder a las necesidades de todo género que está creando la civilización en esa vasta comarca, suntuosamente dotada por los hados previsores.

Mr. Hughes declara que todas esas vías, sea quien fuere su excavador, han de quedar bajo la protección de los Estados Unidos. ¿Qué significa esa protección en estas circunstancias peculiares? Mientras no exista un convenio de obligaciones mutuas entre la nación protegida y la protectora, la posición de la primera envuelve una cesión de soberanía. La situación de la nación protegida sin tratado bilateral es la del individuo favorecido gratuitamente por un magnate, la del hombre que existe por la munificencia de un amigo, de un personaje cualquiera, sin que medien servicios recíprocos. En el caso del Gobierno, lo equívoco de la situación se hace más intolerable, porque la nación es soberana, y el Gobierno no puede enajenar su soberanía sin el consentimiento de los gobernados.

La protección que el Gobierno de los Estados Unidos deba prestarles a las naciones americanas, sin la voluntad de éstas, o hasta ahora, con su tácito y lamentable consentimiento, envuelve, de rigor, el poder de hacer desembarcos, de fortificar las riberas del canal, de ejercer actos de soberanía

y de prolongar la ocupación del territorio hasta que las necesidades de la protección lo exijan, a juicio, ya se entiende, del noble y desinteresado protector. Y hay veinte Repúblicas, soberanas e independientes, que oyen pronunciar estas palabras por un secretario de Estado de una nación extranjera, y no dicen esta boca es mía. ¿Qué noción tienen esos Gobiernos de sus deberes para con los gobernados? ¿En dónde han estudiado la historia y el derecho de gentes los cancilleres de esas Repúblicas? Supongamos que mañana declarase, en una función oficial y pública, el ministro de Relaciones Exteriores de Francia (pido perdón por la comparación, tanto a Mr. Hughes como a M. Poincaré), que el Gobierno francés asumiría de hecho la protección de todo canal que se abriese entre el mar Báltico y el Mediterráneo. ¿Se quedarían los Gobiernos de Europa esperando a que llegase el momento de empezar la excavación para formular una protesta? Es posible, porque en Europa vacilan muchas nociones de aquellas en que se basaban la ley internacional y el respeto mutuo; pero si así fuere, América no debe imitar a Europa.

Hay más aún. Alemania, por la gracia comunicante del Tratado de Versalles, está en el régimen de sus vías acuáticas interiores, para ante Francia, Bélgica, Inglaterra e Italia, en la misma situación en que las palabras de Mr. Hughes ponen a las naciones iberoamericanas. Alemania aceptó esa lamentable dependencia en desagravio de enormes culpas, de errores históricos monstruosos, y, sobre todo, porque fué vencida. Las naciones americanas aceptan su destino envolviéndole en un cristiano silencio, en una inexplicable condescendencia.

Importa ahora analizar la posición europea frente a la declaración de Mr. Hughes. Los Estados Unidos protegerán todo canal americano contra los posibles perturbadores de su uso racional y legítimo. Solamente las naciones europeas están en capacidad, con sus formidables e inútiles Armadas, de apoderarse por la fuerza de aquellas rutas y cerrarlas al tráfico universal. La idea de protección presupone la existencia de amenazas. ¿Da por sentado el secretario de Estado de los Estados Unidos que hay al oriente del Atlántico pueblos y Gobiernos dispuestos a toda hora a caer sobre la propiedad ajena, sin más criterio moral que su codicia y la medida de su fuerza? Acaso antes de 1919 era ése un estado de espíritu predominante en Europa e interpretado prácticamente por alguna potencia americana en Panamá, en México y en otras comarcas menos conocidas. Pero desde 1919 el mundo civil quiere vivir otra vida.

Página lírica

de María Villar Buceta

Las agresiones de la codicia y de la fuerza tienen cierto género de sanción en la Europa de nuestros días. Las naciones débiles están protegidas por una institución real y por normas jurídicas universalmente aceptadas. Los Estados Unidos se niegan a pertenecer a esa institución y a reconocer esas normas. Su actitud parece dar a entender que contra un grupo de naciones rapaces, la sola manera de conservar en América el reinado de la justicia internacional es que ellos asuman la policía del hemisferio occidental. ¿Aceptan las naciones europeas este criterio y la clasificación arbitraria que de él se desprende? En el rigor de su significado, y estudiada a la luz de los precedentes, es más bien una amenaza que una promesa de auxilio la declaración de Mr. Hughes, cuyo contenido y alcances bien merecen ser estudiados y discutidos serenamente por el Consejo de la Sociedad de Naciones en la mejor oportunidad. Si no, puede decirse que el mundo culto vuelve, por sus pasos contados, al predominio de la fuerza bruta.

B. SANIN CANO

(El Sol, Madrid).

El nuevo monroísmo...

(Viene de la página 305).

ridad esté libre de toda amenaza. Respecto de Cuba, tenemos el interés especial surgido de nuestro tratado y de nuestra intervención en el logro de su independencia».

En su desnudez de todo alifio retórico, esas palabras no pueden ser más elocuentes. No son nuevas. Las oímos, renovadas, no hace mucho. Expresan la regla biológica de la necesidad. Las pronunció Alemania al invadir Bélgica: ¡la necesidad no conoce ley! Las piensa Francia al ocupar el Ruhr: la necesidad obliga a un pueblo a desmembrar a un enemigo histórico fronterizo. Las repite ahora Hughes, el más alto representante de los Estados Unidos, después del Presidente. La necesidad fuerza a tener sometido a medio Continente, que a eso equivale el dominio del Caribe. Mañana puede la necesidad compeler a conquistar Méjico u otra República centroamericana para apoderarse de su petróleo, vitalísimo para los Estados Unidos, donde se agota. Con el tiempo, la necesidad puede empujarlos a adueñarse de toda la América, hasta el Estrecho de Magallanes. Ese es el nuevo monroísmo. El primer asombrado de la evolución insospechada de su doctrina hubiera sido el propio Monroe.

(El Sol, Madrid).

FUERZA

Yo siento que en mi alma hay algo de la Gran Fuerza primitiva... Ella no está contaminada por el morbo de las ficticias civilizaciones actuales, y anda desnuda... Se diría que es fuerte y pura, porque viene de una gran época abolida; pero que en mí, ahora, en pleno siglo xx, nuevamente se inicia.

Veinte siglos de Cristianismo sobre mi cabeza vacilan... Y, sin embargo, yo estoy firme como una estatua monolítica!

DIFERENCIA

Os lo juraría: aun la lluvia —acto perfectamente físico—, muestra sus diferenciaciones, tiene su peculiar estilo...

Escoged un día cualquiera en que haya llovido «a mares», en una gran urbe, y os sugerirá el parecido de una mujer que, en pleno llanto, cuidó a hurtadillas de sus rizos.

Ahora decidme si en el campo no llueve de un modo distinto! Allí la lluvia es bienhechora agua de bautismo; corre por cauces naturales, y presta a todo un como hechizo de mujer buena que sonríe ante el bienestar de sus hijos.

ESCLAVITUD

Los desheredados del Cielo: renunciad a todo consuelo!

Los aislados, los afligidos: rehuid ser favorecidos!

Si estáis sedientos, padeced con estoicismo vuestra sed. No empeñéis vuestra libertad a cambio de una caridad.

Los pobres de toda indigencia, oíd la voz de la experiencia: nada os dará tan malos ratos como el temor de ser ingratos!

¿Sabéis de alguna esclavitud como la de la gratitud?

SUFICIENCIA

¡Libros!... ¿Para qué los querría?... Extraigo apenas su enseñanza. Prefiero, en ejemplares vivos, la documentación humana.

Para estudiar a fondo al hombre... y a la mujer—claro!— me basta

verlos de cerca con mis propios lentes de buceadora de almas.

(Precauciones que nunca olvido en mis experiencias y prácticas en el laboratorio humano:

Para la mujer, pongo en cada pomo: CUIDADO; trato al hombre como a inofensiva substancia).

¿.....?

Su vida estaba «en gris mayor»: tenía una uniformidad desesperante. Un vago tinte de melancolía y de tedio velaba su semblante.

Por vanidad o por filosofía era enigmática y desconcertante; y, aunque indudablemente la ironía fué su modalidad predominante, para definir su psicología nadie la ha conocido lo bastante...

Algunos la recuerdan todavía: mucho se hizo admirar; pero, no obstante, por triste y áspera se mantenía del cariño y del odio equidistante...

RIQUEZA

Si compadecéis mi pobreza, sabed que estáis equivocados!

En cuanto amanece pregunto a mi corazón, por lo bajo:

—Vamos a ver, querido mío:

¿qué quieres hoy que suprimamos?

Se agota el oro del Ensueño

y es fuerza ahorrar nuestro salario...

Y mi corazón, que está siempre a todo sacrificio apto:

—Saber carecer es ser rico;

y en toda vida siempre hay algo superfluo...

Y, comprensivamente, soureímos, y nos miramos...

SINCERIDAD

1

Quizás pensaréis que soy rara: —raro es todo aquél que es sincero—; mas... ¿qué queréis? Amo al ególatra que os cuenta a gritos sus defectos con impudor mucho más noble que la moral de los modestos que, a fuer de no hablar de sí mismos, muerden las frutas del ajeno cercado...

Diréis que soy rara...

No importa: he dicho lo que siento; y si cerráis vuestros oídos, y si me desdeñáis por eso, desde la cumbre donde os hablo me oirán la tierra, el sol, el viento!...

2

LO VULGAR

Lo habréis observado: en mis cantos
faltan los acentos del mar,
cuya sinfonía monstruosa
—por asociación singular—,
trae a mi memoria unos versos,
leídos largo tiempo atrás,
que comenzaban de este modo:
«Rosa: ¿no has visto nunca el mar?»
Y es que también a mí me hacía
soñar el mar
cuando vivía tierra adentro:
—sueños de artista en germinal...
Ahora lo veo diariamente
sin emoción... Ya veis: el Mar!

HERMETISMO

En casa todos vamos a morir de silencio!
—Yo señalo el fenómeno; pero me dife-
[rencio
apenas del conjunto... Tengo que ser lo
[mismo!
Dijérase que estamos enfermos de idio-
[tismo
o que constituímos una familia muda...:
—de tal suerte en sí propio cada uno se
[escuda!
Como de nuestros oros nos sentimos
[avaros,
de nosotros las gentes piensan:—Son entes
[raros,
o egoístas, o sabe Dios qué...
Tal vez dirán
que sólo nos preocupa la conquista del pan!
Y yo en medio de todos, Señor, con mi
[lirismo!...
Cuán se agobia mi espíritu de vivir en sí
[mismo
y ver siempre estos rostros pensativos y
[huraños!
Y así pasan los días, los meses y los años!

ADIOS

Emoción de partida;
malestar de lo incierto;
paisajes familiares
perdidos a lo lejos...
Y en el alma la pena
de ignorar si es eterno
el adiós al pasado,
o si un simple:—Hasta luego!

TORTURA

Una pena sorda!...
¿Sabéis lo que es eso?
Tristeza sin lágrimas,
dolor sin lamentos...
Una íntima pena
sufrida en silencio,
ahogada entre risas,
llorada alma adentro!

Varona

Instantánea de la Academia de la Historia

LA Academia de la Historia se reunió, hace poco, para dar posesión a su nueva mesa. Estábamos, en el salón, tan sólo, los Académicos y, sin ceremonia, el decanato venerable de Figarola Caneda, que desempeñaba la presidencia interina, la entregó, al funcionario electo: Enrique José Varona. Nunca he sentido, desde el sillón que me honra, emoción tan honda, inefable, llenante. Tomó asiento en el puesto, que ahora enaltece, y hubo, en la sala, una iluminación; parecía que, de súbito, se había abierto una ventana y que, diáfana, azul, inundaba el baño de luz de un astro, la Academia. Empezó a hablar, suave la voz, sencillo el gesto, como quien sólo traba amistosa charla, y, acaso sin pretenderlo, dijo, improvisada, oración magnífica.

Asombra el vigor excepcional de este anciano sin ocaso. Su cerebro fué ayer espléndido foco y lo es hoy, sin tremulaciones, con la misma potencialidad excelsa. En unos párrafos nítidos, burilados en mármol, desplegó, a la mirada deslumbrada de la Academia, horizontes de trabajo, de responsabilidades, de graves y fecundas empresas. Parecía que no daba, a las palabras, importancia y éstas, dóciles en vestir ropaje de severa elegancia griega, traducían elocuentes ideas originales y, en diez minutos escasos, expuso concepto preciso de la Historia, sintetizó la obra, en este orden de investigaciones, realizada en Cuba y enlazó el carácter de la misión científica de la Academia con los deberes morales y patrióticos que le están señalados, y ha de realizar, en ajuste

tan perfecto que sólo puede compararse a las armonías superiores que, en el infinito, traza la Naturaleza; armonía de luces, en noche de verano, hubo, en efecto, en la charla del maestro ínclito y si sólo creía decir palabras de cortesía, dictó, para la Academia y los cubanos, decálogo que no puede desoirse sin deshonor.

Enseñanza trascendente constituyó su oración y, al sumirse en sus arrobos, apreciaba otra lección más intensa: el propio orador, la grandeza moral e intelectual, intangible al tiempo y a los acortecimientos, del gran anciano y por encima de la belleza soberana de su breve discurso, se alzaba, para mí, el ejemplo tónico de su vida, el magnífico efluvio que su presencia derrama, para iluminarlas y fortificarlas, en las conciencias. Porque Enrique José Varona es, por la coordinación admirable de cualidades insignes, si habla, si escribe, si actúa o si permanece en silencio y quietud, pródigo libro colmado de enseñanza. Enrique José Varona, es, por sí solo, una lección maravillosa y fecunda.

¡Cuánto gocé anoche al oírle! ¡Jamás olvidaré, jamás podré olvidar, esa hora de inefable emoción en que se intensificó mi orgullo cubano por el honor de ser su compatriota. Maestro, gracias!

RENÉ LUFRIU

(El Figaro, Habana, Dobre. de 1923).

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

Quien
habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una em-
presa en su género,
singular en C. R.Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener
y Sencilla.ger-Ale, Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y Pera.

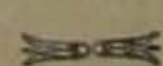
REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta,
Frambuesa, etc.Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE
y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE



COSTA RICA

La renovación del teatro

SON característicos del nuevo siglo los múltiples intentos de renovación del teatro. Surgen en Francia como en Rusia, en Alemania como en Inglaterra; hasta en los Estados Unidos, donde la renovación implica rehacer lo que apenas se había comenzado.

La renovación del drama, se me dirá, es proceso espontáneo y constante. Así es, y el nuevo siglo no ha introducido aceleración ni retardo en el proceso. Y la evolución del arte del actor se relaciona con la del drama: obran el uno sobre el otro, según la frase de las escuelas, alternativamente como causa y efecto. Pero la renovación que hoy preocupa, la que se manifiesta en innumerables tentativas, es principalmente la renovación del escenario, sujeta, más que las otras, a la tiranía de la materia. Sorprende, en los países de habla española, la escasez de tentativas semejantes.

LA HISTORIA DEL ESCENARIO.

EL escenario de los teatros actuales es producto de larga evolución. En la Edad Media, las representaciones sacras nacen en la iglesia. No podían quedarse allí: se hallaban cohibidas dentro de la arquitectura del templo cristiano, escena adecuada sólo para el esquemático drama ritual del sacrificio. Del templo, pues, los milagros y misterios salen adonde todos los fieles puedan contemplarlos: al atrio, y luego a la plaza, a la calle.

Allí se les une la farsa, nacida en las ferias populares; y tragedia y comedia van desarrollándose lentamente, a la par que se desarrolla el escenario. Del suelo, al nivel de los espectadores, el drama tiende a levantarse, busca la altura de la plataforma, para que todos vean mejor: así se crea el «tablado». En círculo, al rededor de él, se agrupa la multitud; los actores, para subir y bajar, necesitan abrirse camino: bien pronto hay que inutilizar para los espectadores uno de los tres lados de la plataforma, y así nace «el fondo de la escena».

Pero la escena, el escenario-plataforma, si ya tiene fondo, tardará mucho (más o menos, según cada país) en tener costados libres, a derecha e izquierda. Cuando el drama, durante el Renacimiento, enriqueciéndose con elementos clásicos, y renovando sus formas literarias, entra a los palacios—o siquiera al patio, al «corral»,—los espectadores, generalmente, están todavía demasiado cerca de la escena o hasta tienen asientos en ella, y sólo dejan libre el fondo. Los teatros públicos, creados en el siglo XVI, en interiores o en patios de edificios o entre edificios, ponen techo a la escena y van poco a poco alejando de ella al público. El golpe final se da en Italia: se obliga a la concurrencia, o a la mayor parte de ella, a contemplar la representación desde uno solo de los tres lados por donde antes podía verla; y para hacer definitiva la separación entre pú-

blico y actores, y hacer mayor la libertad de la escena, se crea el «telón».

EL ESCENARIO COMO CUADRO.

LOS elementos materiales de que dispone el teatro moderno para contribuir a la ilusión dramática—trajes, muebles, decoraciones, luz—no se desarrollaron paralelamente: cada uno tiene su evolución propia. Los trajes solían ser lujosos desde la época de los dramas litúrgicos: de entonces acá, su riqueza varía según los recursos de que disponen los actores. El hábito de la exactitud histórica en la indumentaria es producto del siglo XIX. Los muebles y hasta los árboles de bulto, hicieron su aparición muy temprano, a veces antes que las decoraciones pintadas. La evolución de las decoraciones es larga y compleja; hasta el siglo XVII hubo teatros que prescindían de ellas, o las reducían a indicaciones elementales; pero, a la vez, desde la Edad Media existían las «decoraciones simultáneas», cuya expresión sintética es la triada de los dramas religiosos: el cielo, la tierra, el infierno. Con el telón de boca, que hizo concebir el escenario como cuadro, las decoraciones alcanzan nueva etapa de su desarrollo, y su porvenir parece incalculable, sobre todo cuando el drama romántico destierra definitivamente el principio de la «unidad del lugar». Y la iluminación vino a adquirir todo su valor con la invención de la luz eléctrica—la única invención de la moderna industria, dice Alice Meynell, que tiene calidad estética.

Con la conquista de la luz, el escenario-cuadro llegó al apogeo; se le profetizaba el progreso indefinido... La colaboración de la pintura con el drama sería cada vez más eficaz... ¿Por qué, pues, cuando más seguro parecía su imperio, se levantan innumerables protestas contra el escenario moderno?

EL ODIADO SIGLO XIX

PROBABLEMENTE, la causa primordial de tantas protestas es el empleo que del escenario-cuadro hizo el odiado siglo XIX. El siglo de Napoleón III, de Victoria, y—así lo esperamos—de Guillermo II, comenzó por aceptar la herencia de las decoraciones de tipo académico, *pompier*, y con ellas combinó luego el tiránico realismo de los por menores. Academicismo y realismo se dieron la mano sin esfuerzo: ¡como que representan dos fases de una sola estética limitada, la estética de la «imitación de la naturaleza»!

Más que como cuadro, llegó a concebirse el escenario «como habitación a la cual se le ha suprimido una de las cuatro paredes». Quedaban, para el escenógrafo con imaginación, las escenas de bosque, de jardín, y aun las de calles, y las salas históricas... Pero allí también hicieron presa la pintur-

académica y su legítimo descendiente el realismo fotográfico.

Para apreciar cuán corto vuelo tuvo el siglo XIX en sus concepciones escénicas, recuérdese la torpeza de Wagner, su manía de reducir a pueril realismo, en la representación plástica, los prodigios del mito escandinavo y de la leyenda cristiana: mientras más complicados son los artificios que se emplean para producir la ilusión, más pobre es el efecto que se obtiene.

O recuérdese a Sir Henry Irving en sus interpretaciones de Shakespeare: profusión de trajes, de muebles, de decoraciones, en que abundaba la nota parda, muy seria, muy victoriana. ¡Imaginad la Venecia de *Merceder*, la Venecia de los Bellini y de Crivelli, llena de manchones pardos!

—Gané una fortuna, y la he gastado toda en la propaganda de Shakespeare—decía Irving en su vejez.

—No hay tal—afirma Bernard Shaw.—Irving ganó una fortuna con las obras de Shakespeare, pero la gastó en decoraciones.

El colmo del realismo lo alcanza probablemente el norteamericano David Belasco: sus decoraciones de interior tienen tanta exactitud que ya, más que como decoraciones, deben clasificarse como muebles: son sólidas, macizas, de madera y metal. No me asombrará que llegue a construirlas de piedra e invite a los periodistas a que las toquen con las manos y las hagan célebres en el mundo.

¿PARA QUE SIRVE EL REALISMO?

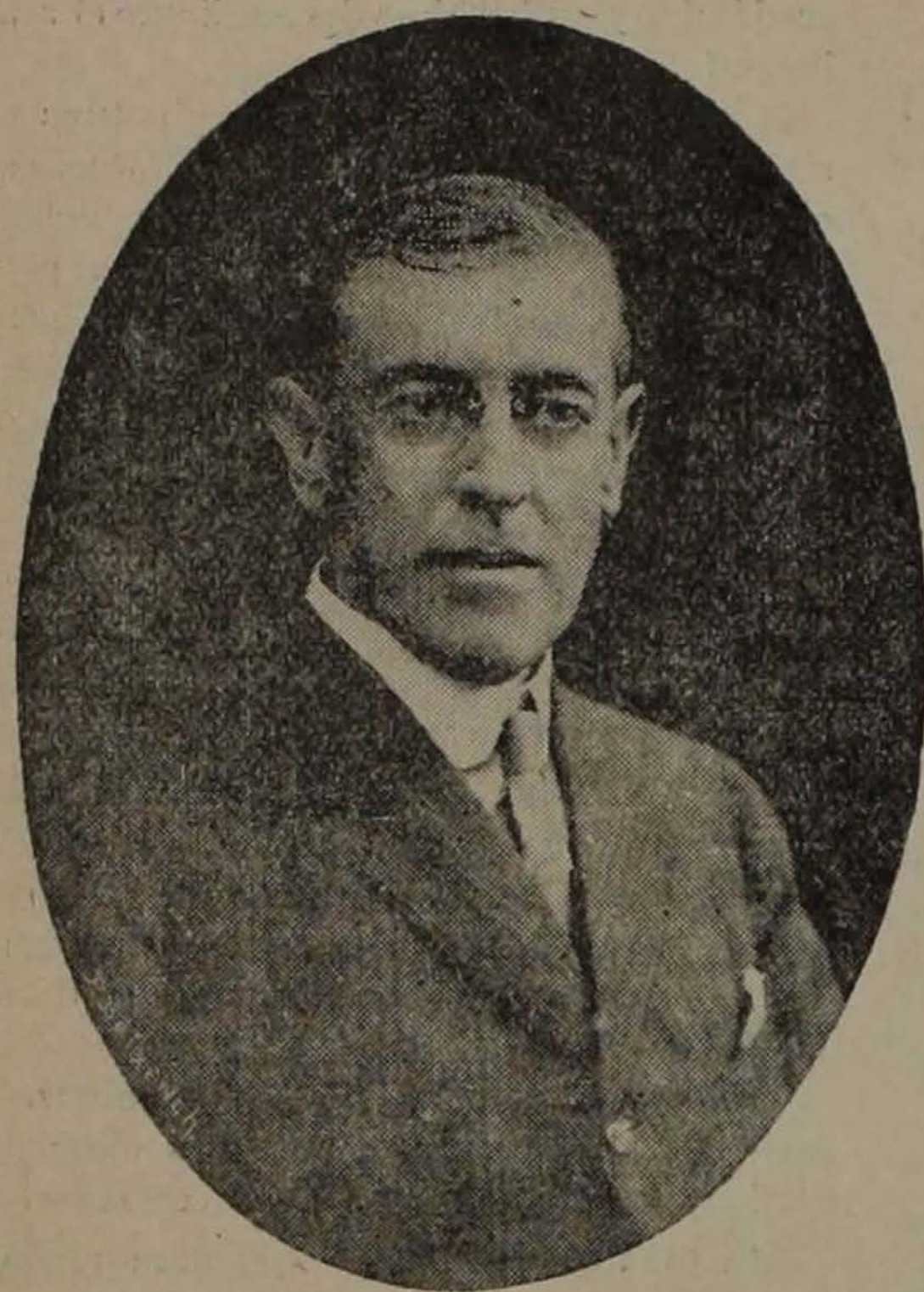
EL realismo del escenario-cuadro podrá servir para *Casa de muñeca*, para *Los tejedores*, para *El abanico de Lady Windermere*, para *Demi-monde*, para *El Gran Galeoto*. Para dramas de interiores modernos, el realismo es una conquista que debe aprovecharse, con prudencia, eso sí, con sencillez.

Pero, ¿basta, o cabe siquiera, en *Cuando resucitemos?* ¿En *La nave?* ¿En *Dunsany?* ¿En *Tagore?* ¿En *Maeterlinck*, que comenzó escribiendo para marionetas? ¿Basta, en rigor, para *Los intereses creados*, para *Las hijas del Cid?* ¿Y qué hacer con los clásicos griegos y latinos, ingleses y españoles, que no escribieron para escenarios como los actuales? ¿Qué hacer con Racine, con las mejores comedias de Molière, que apenas requieren escenario? ¿Y qué hacer con tantas obras que no se representan, pero que son representables, contra la vulgar opinión, desde *La Celestina* hasta las *Comedias bárbaras*, de don Ramón del Valle-Inclán?

Es evidente: el escenario moderno obliga a reservar para la biblioteca la mayor parte de las grandes obras dramáticas de la humanidad, y en cambio, condena al concurrente asiduo de teatros a contemplar interminables exhibiciones de mediocridad, que a menudo ni siquiera son nuevas.

(Pasa a la página 318).

Wilson ha muerto



Mr. WOODROW WILSON

WOODROW Wilson ha muerto. Tenemos los costarricenses una deuda de gratitud con Wilson. Él fué quien puso un *Never*, como una sentencia de fuego, al régimen de Tinoco. Él, como poder de justicia en la tierra, hizo imposible el régimen de Tinoco entre nosotros. Nos evitó con ello que la revolución se hiciera una enfermedad de este país; nos evitó el dolor de una tiranía de años; nos evitó el mal de perder la libertad. Tenemos esa gran deuda con Wilson los costarricenses y es por ello como ahora que muere, si hay dolor que sufrir, participamos los costarricenses de ese dolor sinceramente, con el pueblo norteamericano y con todos los pueblos del mundo.

Wilson fué de los hombres modernos; realiza el tipo de hombre de estos días. Desempeñó funciones sociales de las más hermosas: fué maestro, fué historiador, fué escritor, fué hombre de estado, fué filósofo al estilo sajón. En donde quiera que él puso su genio, las cosas se hicieron magníficamente. Como escritor se le admira porque su lenguaje es vivo, es pintoresco, es lujoso, es brillante. Es uno de los que le dieron más honra a la lengua en que está escrita la Carta Magna. Como historiador, escribió la Historia del pueblo norteamericano, un monumento en la literatura norteamericana y un libro de fuerte espíritu contemporáneo. El solo título es ya expresivo. No es solo la historia de los Estados Unidos, como organización política, sino la historia del pueblo norteamericano, como conjunto de fuerzas constructivas de una nación

y a servicio de los altos intereses del espíritu humano y de la civilización. Como filósofo escribió muchas cosas, pero he aquí los dos títulos de los ensayos que nos dicen el pensamiento de Wilson: *On being Human* y *When a man comes to himself*.

Su ideal filosófico parece ser el de crear el hombre moral; así, su filosofía es profundamente humana y práctica. Volvía a ver hacia atrás y se encontraba con Washington y con Lincoln y con Madison y con Jefferson, y él sacaba de este hecho singular la filosofía del hombre americano del Norte. También escribió un ensayo sobre Jorge Washington.

Fué, por otra parte, un político activo. Por medio de la Universidad él pudo pasar desde el vasto dominio de sus ideas al no menos vasto del Gobierno. Un día fué Presidente de los Estados

Unidos. Es muy probable que discutan su presidencia los políticos norteamericanos; es muy probable que le discutan sus errores; es muy probable que en cierto momento se dijera: ya no más Wilson. Pero aún hoy, cualquier norteamericano generoso y justo dirá desde el fondo de su corazón: es un presidente como los necesita el pueblo estadounidense.

Le cupo una tarea difícil: la de llevar al pueblo norteamericano a la guerra europea. El mundo sabe la inmensa tragedia moral que eso significa. El mundo vivió angustiosamente los largos días de espera, vivió la paciencia sajona tan ajena a las impacencias latinas. Se cansó casi de ese esperar y

comenzó a lanzar recriminaciones contra el Presidente Wilson, que en vez de mandar a Europa cañones y hombres, enviaba volúmenes de notas oficiales. Pero un día también Wilson tomó la determinación de llevar a su pueblo a la guerra.

Enseguida sigue la tragedia de Wilson. Del hombre lleno del fuerte espíritu universal de la Biblia que quiso imponerle, como un nuevo mensajero, una ley mosaica al mundo. ¿Lo habrá conseguido? ¿Habrá dado Wilson una nueva ley al mundo? ¿Será esa ley la que al fin sujetará a las naciones del Apocalipsis y hará posible el reino de Dios entre los hombres?

Ya murió Wilson. No podemos usar otra tan majestosa palabra. Lo de decir que su conciencia ha entrado a formar parte de la conciencia universal se queda para los filósofos. Para nosotros los hombres, ya murió esta magnífica personalidad de la tierra. Pero ahora pensaremos más en él, eso sí es cierto. Seguramente pensaremos más en él porque su espíritu está más cerca del nuestro. Y en el nombre de Wilson el pueblo norteamericano vivirá un ideal supremo, el de la fraternidad de las naciones y tendrá en el pensamiento de Wilson un motivo excelente para vivir con orgullo la vida del gran pueblo de los Estados Unidos.

La muerte de Wilson entristecerá un instante la tierra y nosotros queremos que así sea. Desde el fondo de nuestro corazón sentimos este hecho del siglo y hacemos un voto de paz para el noble espíritu de Wilson.

RÓMULO TOVAR

(La Voz, San José de Costa Rica).

Tarjeta

Querido Sr. Vincenzi:

Traiciono a María del Villar Buceta, una insigne poetisa, joven de mérito extraordinario, autora de estos versos, que corresponden a *Unanimismo*, título de una obra que publicará en breve. La traiciono, porque esas composiciones fueron dirigidas al colega y al amigo y no al *agente editor*, que resultado ahora, pero como bien vale París una misa, allá van las composiciones de María, a quien espero convencer de la nobleza de mi deslealtad.

Suyo affmo.

LLES

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO Nº 899

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1447

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Acerca de la mejor orientación de una revista literaria en América

"El lema de las Américas debe ser: libertad"

Señor don M. Vincenzi.

Escasú, Costa Rica.

Mi muy distinguido amigo:

Voy a contestar, como bien se me alcance, su pregunta acerca de la mejor orientación de una revista literaria en América.

En otro tiempo me hubiera sido más fácil que ahora trazar ese programa. Estaba yo en el período mental en que se tiene confianza en las reglas. Quizás por deficiencia mía, he perdido ese cómodo estado de ánimo. Prevalece en mí cierta tendencia anárquica, que no pretendo erigir en patrón.

Recuerdo que Voltaire aceptaba todos los géneros, menos el fastidioso; y opino lo mismo. Poco más o menos pudiéramos decir otro tanto de los estilos y de las modas literarias. Lo importante es tener talento. Rubén Darío ha alcanzado tanto renombre, porque lo tenía, y no por la riqueza de sus reminiscencias y de sus invenciones métricas. La Avellaneda osó mucho a este respecto, y nadie la menciona. Los románticos españoles innovaron también en la forma de sus versos, y apenas se les tiene en cuenta.

No quiero decir que la forma carezca de importancia en la obra literaria, no. La forma importa tanto como el fondo. Pero no basta la forma, como no basta el fondo. Del carro del poeta tira una soberbia pareja, en que deben igualarse la hermosura y la pujanza.

Por supuesto que para mí no es poeta sólo el que escribe en verso.

Digamos ahora algo de la materia de las obras.

Desde luego una revista americana debe recomendar a los escritores el ambiente americano; no porque el exotismo sea poco literario, sino porque no se abre paso tan fácilmente a la imaginación y a la sensibilidad de los lectores, como lo vernáculo. Debe demostrar la riqueza artística de nuestra vida, no por nuestra, sino por los matices que añade nuestra atmósfera social a la general del hombre. Tenemos problemas que resolver, como los demás pueblos; pero con circunstancias y caracteres propios y personales. El cuadro es riquísimo: vengan los

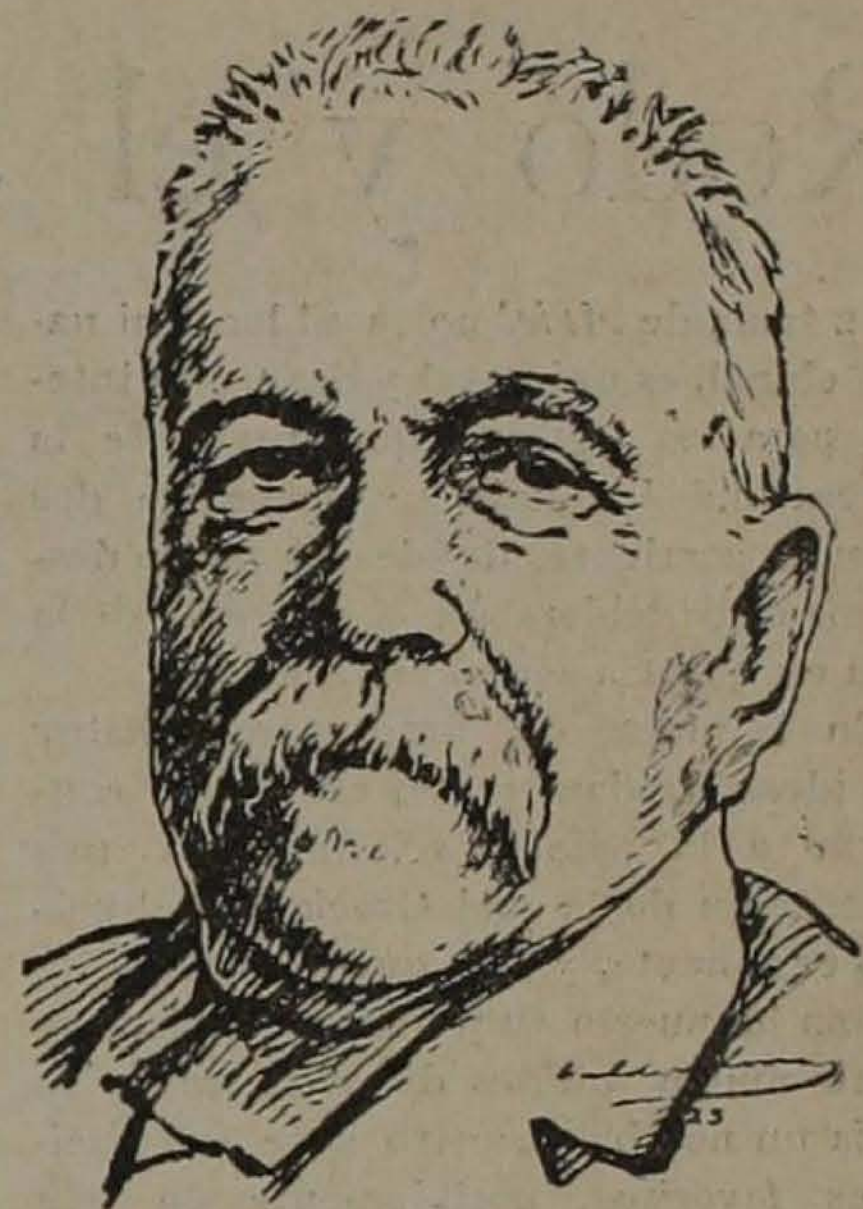
pintores. Naturalmente, si en medio de este coro, se alza un corifeo que celebre otras deidades, y las celebra con voz melodiosa y gallarda entonación, lo oiremos y aplaudiremos. El lema de las Américas debe ser: libertad.

Es cuanto se me ocurre decir a Ud, respecto a su amable consulta.

Soy su amigo afmo, y s. s.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Habana, 8 de octubre, 1923.



Dr. ENRIQUE JOSÉ VARONA

(Visto por VALDERRAMA).

Ariel, profesión de fe de la juventud de la América Latina

Montevideo, 7 de mayo de 1900.

Sr. Enrique José Varona

Habana

Muy distinguido señor mío:

La respetuosa admiración que su alta personalidad intelectual me ha impuesto siempre, y a la que concurren, no sólo los indiscutidos merecimientos de usted, sino también mis entusiasmos de americano por cuanto glorifica y enaltece a nuestra América, me mueve hoy a enviarle un ejemplar de mi último libro, que sea como el homenaje en que se haga sensible esta admiración muy sincera.

Tengo, además, otro propósito al remitirle a usted mi *Ariel*. Es, éste, libro de propaganda, de combate, de ideas. He querido proponer, en sus páginas, a la juventud de la América Latina, una «profesión de fe» que ella puede hacer suya. Me han inspirado, para hacerlo, dos sentimientos princi-

pales: mi amor vehemente por la vida de la inteligencia y dentro de ella, por la vida del Arte, que me lleva a combatir ciertas tendencias utilitarias e igualitarias; y mi pasión de LATINO, que me impulsa a sostener la necesidad de que mantengamos en nuestros pueblos lo fundamental en su carácter colectivo, contra toda aspiración absorbente e invasora.

¿Merece ser *Ariel* una bandera para la juventud intelectual americana? Tal es mi duda que me siento inclinado a resolver negativamente, teniendo en cuenta que no basta la bondad de las ideas para el prestigio de una obra escrita, cuando le falta la autoridad de un nombre esclarecido y el encanto avasallador de la forma. Por eso anhelo que otros tomen a su cargo la propaganda que yo solo me he atrevido a iniciar, y sería grande mi satisfacción si usted hablase a la juventud en el sentido en que yo he osado hablarle. Usted puede ser, en realidad, el PROSPERO de mi libro. Los discípulos nos agrupamos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de PROSPERO.

Acepte usted, con tal motivo, los más respetuosos sentimientos de su sincero admirador q. b. s. m.

Dr. Alejandro Montero S.
MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al ple la indicación de dónde proceden.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(Gaceta de Bellas Artes, Habana).

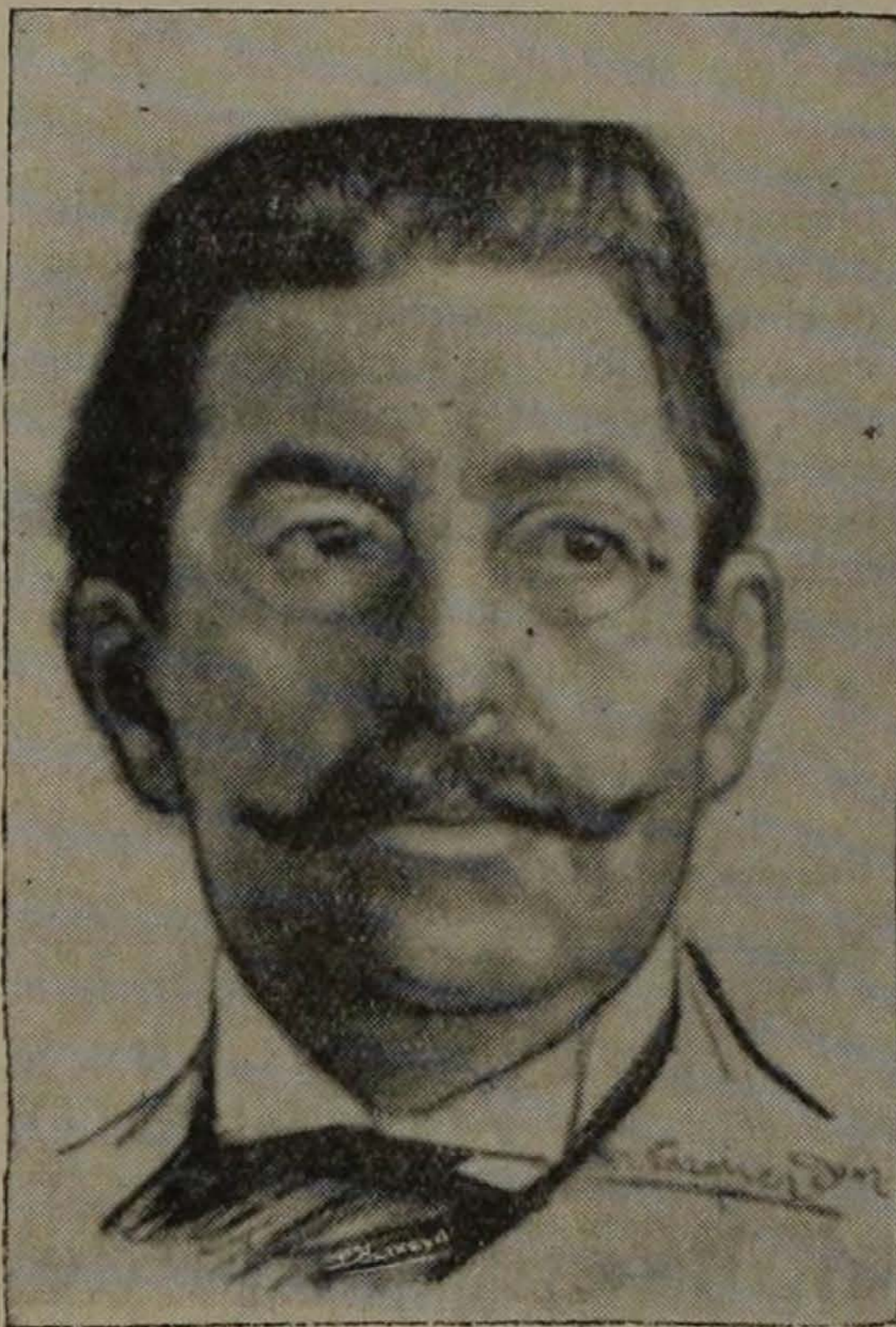
Rodó y el sentido clásico de su obra

EL tema de *Ariel* no es ni local ni nacional, es universal y tiene este interés para los lectores: que aparte de la pureza del lenguaje se ocupa de dos grandes corrientes de ideas, a fin de descubrir cuál debiera ser el concepto de la vida en nuestra actual civilización.

En la mente del autor parece haber dos ideas fundamentales en lo que concierne a la palabra «civilización», una concepción de la cual Grecia fué el más alto exponente, y otra que la raza anglosajona ha puesto en práctica. Él discurre sobre ambos puntos de vista como lo haría un notable maestro ante sus discípulos favoritos, posiblemente en una época, en que, debido a su avanzada edad, él contempla dejarles lo que solemos nombrar su testamento literario. Como es costumbre entre estudiantes, le han dado un apodo al venerable maestro, y en el opúsculo lleva el nombre de Próspero, en memoria del sabio que tan felizmente describe Shakespeare en *La Tempestad*. Así como él es este bien amado profesor universitario; puede prevenir desastres, y debido al mágico andar de sus pensamientos, despierta visiones en las mentes de sus oyentes. Sobre la cátedra de la cual habla, hay una estatuita bronceada de *Ariel*, que viene a constituir un apreciable símbolo de la elevación de sus ideales. De este encantador espíritu del aire toma su nombre el celebrado ensayo. Le recuerda a uno los diálogos platónicos, pero se acerca aún más a los *Dialogues Philosophiques* de Ernesto Renán, quien renovó para la literatura europea, esa sapiencia helénica que consiste en dudar de todo con gracejo y nobleza. Así fueron puestas en tela de juicio muchas de las llamadas certidumbres de la vida. Si este modo de pensar no conduce, como parecería inducirse, al escepticismo, con toda seguridad vuelve imposible el fanatismo, y eso a buen seguro, es un mérito poco común en esta clase de escritos.

Muchos de los diálogos de Renán y otros de sus escritos estudian el antagonismo entre el idealismo social y el materialismo, personificados para él en *Ariel* y *Calibán*. Este era uno de sus asuntos favoritos y naturalmente pasó a serlo en su lejano discípulo, quien ha sido en todo momento un asiduo lector de sus libros. También ha sido desarrollada esta idea con mucha perspicacia por Alfred Fouillé, en su libro sobre *El derecho en Inglaterra, Francia y Alemania*.

Cualquiera puede ver la crítica moral, científica o histórica que se haga sobre el atrayente filósofo bretón; sobre un punto no habrá diferencia de opiniones: su estilo, maravilloso en su sencillez, divinamente hermoso en su armonía. ¡Quién no recuerda para siempre, una vez oídas sus líneas evocando a través de las brumas impenetrables



JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(Retrato, por VÁZQUEZ DÍAZ).

del morir, a su hermana Enriqueta, nacida desde ese momento a la más encantadora inmortalidad poética!

No siempre podemos armonizar por entero con las ideas de Rodó sobre la civilización utilitaria de los Estados Unidos, como acaso nos opongamos a algunas de sus otras vistas, pero no podremos dejar de admirar su riquísimo léxico y las ondulaciones de sus párrafos. Rodó domina a su estilo, porque tiene un imperio absoluto sobre sus ideas. Dice lo que ha menester en el menor número de palabras posibles, pero en las más escogidas, armoniosas y artísticas que puede espigar en el idioma altisonante de Castilla, la altiva. La lengua de Calderón en sus manos, toma la brevedad del francés, su claridad y su musical dulcedumbre. Al leerle se experimenta ese nostálgico sentir que Goethe ha expresado tan musicalmente en su poema lírico sobre *Kinkelhahn bei Ilmenau*:

Sobre todas las cimas hay reposo,
en todas las cumbres se siente
apenas un aliento;
los pajarillos enmudecen en el bosque,
espera aún, pronto descansarás tú también.

Su estilo respira la calma experimentada en las alturas, en medio de árboles gigantes, sobre la ribera de un lago tranquilo.

A semejanza de lo que ocurre en los escritos de sus maestros, Platón, Goethe, Renán, Taine, Guyau y Emerson, abundan en los ensayos del erudito escritor alusiones felices

a los viejos mitos, parábolas de los Evangelios, cuentos inmortales vueltos a ser contados de la manera exquisita que lo hace Gualterio Pater en *Mario el epicúreo*. Con el andar del tiempo Rodó naturalmente ocupará en la literatura hispánica el sitio ocupado por Pater, en las letras inglesas. Pertenece él a esa familia de escritores artistas que han fundido en una sola manifestación un alto propósito moral y un pristino amor de lo bello.

Ariel hizo su aparición en 1900, en una época de poca brillantez para las letras castellanas: los viejos maestros habían muerto, o estaban por morir. En la América latina predominaba la influencia del naturalismo; las generaciones aun vivían en el encantamiento producido por Zola y su escuela. En filosofía, reinaba el materialismo.

Ariel vino a ser como el estandarte de una reacción que comenzaba a sentirse en el mundo de las ideas.

Su éxito fué instantáneo en América y en España. Todos los grandes escritores españoles le saludaron como una obra maestra, cual una joya de forma y fondo. El librito, pues poco nutridas eran sus páginas, fué preferido desde un principio por su elocuencia tranquila, su serenidad sostenida, su dialéctica sutil y la incomparable cualidad de su estilo. El argumento no podía ser más noble ni más atrayente; buscaba enfrentar las deletéreas influencias del utilitarismo y ciertos quicios culturales que tienden a hacer del hombre una personalidad equilibrada. La comunidad de Atenas presentóse ciertamente a Rodó como el ejemplo más ilustre para la clase de desarrollo que el pensador-artista deseaba ser seguido por la juventud del nuevo continente. Muy pocos autores, al tratar este hermoso tema, han ido más allá de las imágenes, en figuras poéticas y en nobles sentires.

Este ensayo fué seguido por dos otros sobre Rubén Darío, el más grande poeta modernista del habla castellana. No es tan feliz en pensamiento o forma como *Ariel*, que desde un principio fué reconocido como algo excepcional por los escritores continentales y también, cosa muy rara de lograr, por los más notables literatos españoles, tales como Valera y Leopoldo Alas.

En 1907 aparecieron una serie de artículos sobre el *Liberalismo y el radicalismo*, muy íntimamente asociados con las actividades políticas de nuestro autor. Un Gobierno ultraliberal había dispuesto se despojara las oficinas públicas y los hospitales del Estado del crucifijo, símbolo augusto de la redención por el amor. Esta odiosa medida, que hacía desaparecer una de las más hermosas tradiciones de la colonia, fué viva-

(Pasa a la página 319).

Atenas bajo la demagogia

ATENAS, conquistadora a su pesar esta vez, atada al carro de las victorias de Alejandro, pagaba a precio de humillación y de esclavitud, los pecados de su pueblo, caído en la demagogia insolente de Demades y en la venalidad y la gula insaciables de Demóstenes.

La canalla engreída, turbulenta, ignorante, díscola, ambiciosa, materia de vil comercio en las manos concusionarias de los demagogos, arrastraba por el cieno de todas las degradaciones el símbolo de su libertinaje inconsulto: la Democracia que adquirió a precio de sangre en los llanos de Maratón y de Platea, o sobre las playas y sobre el mar, en Salamina y en Micala.

Mientras los soberbios bridones áticos de los conquistadores saciaban su sed en la linfa de los cinco caudalosos ríos que vieron levantarse en sus orillas, seculares y poderosas civilizaciones, la cuna ilustre de Solón, nodriza de la sabiduría, madre candorosa de la humildad y de la pobreza, de la abnegación y del valor, se humillaba vencida, rota, inerme, ante la insolencia de un advenedizo, ante la vengativa y calculadora ferocidad de un caudillo oscuro.

Unos años apenas, desde Filipo a Antípatro, desde Queronea a Cronon, y la cadena del siervo que ya Lisandro había colocado una vez y sobre los pies ágiles, heraldos de las victorias atenienses, con Fedípido y con Euquidas, quedó remachada.

Atenas recibió guarnición macedonia en su recinto, y la esclavitud de la ilustre ciudad, fué decretada de hecho.

Como si hubiera desaparecido el aliento vigoroso de las venerables tradiciones, el noble afán de libertad, simbolizado en el gesto heroico, varonil y bizarro, del hoplita vencedor que hizo esculpir Milciades en el Pórtico del Pecilo, esta Atenas, más sencilla, más ruda y más heroica aún, a través de las cariátides y de los altos relieves de las metopas del Teseión, envilecida ahora, fiaba a la elocuencia de sus oradores y de sus filósofos, no el éxito de las empresas victoriosas que antes supo arrancar al enemigo sobre los campos de batalla, sino la merced, la gracia de la propia libertad que ya no merecía, por su envilecimiento plebeyo, por el ludibrio a que la llevaron los desmanes, la ignorancia y la inconsciente perversidad de la multitud omnímoda.

Solo dos hombres imponían aún

algún respeto a propios y a extraños, sólo dos naturalezas privilegiadas, dos epíritus arcaicos, próceres, dos inteligencias de viejos eupátridas, levantaban la frente, en medio de aquella general humillación de siervos: Foción el orador, y Jenócrates el académico.

La ruda, la sencilla, la humana elocuencia de Foción, imploró también, es verdad, la clemencia del tirano Antípatro, pero evitó a su pa-



Don FERNANDO LLES Y BERDAVES,

distinguido escritor cubano. De sus obras, hemos leído *La sombra de Heráclito*, Habana, 1923.

tria un último y definitivo desastre.

Jenócrates, indomable, que conservaba el orgullo de los hombres libres de su raza, y que, como un hombre libre, habló ante el tirano, no fué escuchado siquiera, y la ocupación de Atenas por los soldados macedonios, se llevó a cabo inmediatamente.

Un recuento de hombres útiles que por entonces se hizo, arrojó no menos de doce mil ciudadanos indigentes, simples desocupados, que hasta aquella fecha habían venido librando la subsistencia a costa de la ciudad, ya de las distribuciones periódicas de trigo y de aceite, ya como magistrados del Pnix, ya como delatores públicos, o bien usufructuando gabelas

de rufián con el comercio de las esclavas complacientes.

Toda esta multitud onerosa y parasitaria, informe producto democrático que desde los días del establecimiento de la primera república ha parado en ser uno de los factores más esenciales de anarquía, de mixtificación de credos, de vicio, de desorden, de iniquidad, de crimen y de oprobio, halló en aquella ocasión castigo aunque moderado de sus culpas, de sus delitos afrentosos y oscuros.

No pudiendo satisfacer al invasor el tributo de extranjería obligatorio, toda aquella vil muchedumbre, notada de infamia, generalmente, apeló al destierro voluntario, para no perecer de inanición en el recinto de la ciudad heroica que ellos habían deshonrado, con su cobardía y con sus vicios.

El ostracismo, la prerrogativa absurda de las masas insubordinadas y vengativas, la ley tumultuosa que la plebe solía aplicar con injusticia y con deleite a todos aquellos cuya conducta honorable, reprochaba, como ejemplo vivo, la brutalidad y la incontinencia del populacho, el ostracismo vindicador que no se votó esta vez para los ilustres, alcanzó, sin embargo, en sus efectos de extrañamiento forzoso, a toda aquella legión voraz y parasitaria de Atenas.

Una vez más, como en los días de penuria que trajo consigo la concentración de las poblaciones rurales en las guerras del Peloponeso, lucha fratricida, inicua, pródiga en frutos de traición, reveladora del bajo nivel moral y del escaso o negativo valor ético de las democracias, origen indudable de la decrepitud definitiva de Grecia, como en aquellos días de baldón y de oprobio que sangran y que rezuman miseria, a través de las páginas serenamente acusadoras de Tucídides, o en el gesto grotesco de las carátulas cómicas de Aristófanes, la ciudad gloriosa con Temístocles, caía con sus demagogos, no ya sólo en el hambre y en la mendicidad de antaño, sino que también en la servidumbre y en el éxodo.

Era en los días en que Aristóteles, acusado de impiedad, buscaba un refugio en Calcis; era en la época hija del tumulto, que sancionaba el dictamen de la plebe en los tribunales del pueblo; era el instante crítico en que la absurda tiranía de las muchedumbres soberbias, pasaba a conservar un resto de inútil libertad, a título precario y a precio de indignidades; era el momento de merecida ignominia en que el ilustre Foción, casi abandonado, en medio de aquella tempestad desa-

tada de traiciones y de villanías, justificaba con la honradez, con la severidad y la pobreza de su vida, el último destello de las libertades atenienses que, en mérito a las virtudes patricias de este grande hombre, concedió Antípato a Atenas.

Más tarde, ese mismo pueblo sacrificó ciegamente al eupátrida. Se repitió el ejemplo de Sócrates y Foción bebió, alegremente, la cicuta, el mismo día en que celebraba Atenas la festividad de los Misterios, las fiestas sagradas de Eleusis que fueron hasta entonces nuncios de alegría, cuando no de victorias ciudadanas.

¡Augurio lamentable, revelación siniestra, quizás, de la ira del dios alegre y victorioso que abandona al justo destino de la iniquidad triunfante, a un pueblo envilecido y degradado!

¿Qué hado o qué sino fatal pesaba sobre la dictadura monstruosa, sobre la tiranía proteica y desatentada de la multitud? ¿Qué trágico pudo llevar nunca al Odeón esta fatalidad de la Democracia, devorándose a sí misma?

Muertos Esquilo, Sófocles y Eurípides, no convenía presentar con la talla de los dioses y de los viejos reyes, a los histriones del populacho. Demos alcanzó la justa proporción de su espíritu desmedrado en el diálogo puerco y obscuro de la comedia, en la carátula cómica de Aristófanes, en el sarcasmo estupendo del inmortal comediógrafo, cuya burla sangrienta aún hiere nuestros oídos a través del tiempo, como el eco de una sonora e interminable carcajada.

No cabían en otro escenario las fachas desahogadas y ambiguas de pícaros inconfesos como Cleón y como Demóstenes. Los grandes designios ni las tormentosas fatalidades, no pueden ser atribuidos a los pigmeos simuladores de la virtud y usufructuarios del deshonor. No le cuadraban bien a un Demades sin honra, el sino de los Atridas o el infortunio de Layo. Clitemnestra y Yocasta, Orestes y Edipo, no cabían ya en el espíritu menguado de los contemporáneos de Diógenes ni en la escena regocijada, murmuradora y empequeñecida de la democracia ateniense.

El verbo poderoso de Esquilo y la malicia vengativa y aterradora de Eurípides, debían sonar a cosa hueca en los oídos cobardes de la Demagogia inheroica.

La historia de la ciudad, trajo a esta época su producto contingente perpetuo, de inevitables resultados. En el encadenamiento constante de las causas que provocaron desde Aristides un producirse de los hechos, con vistas a determinada dirección política, no podía faltar, sin duda, ese factor de corrupción y de anarquía que ha caracterizado siempre al dominio de las plebes.

Este fué el sino que laboró en años pretéritos la esclavitud de Atenas, bajo la tiranía de Antípato, en nada semejante al hado heroico, fabuloso y trascendental de Edipo.

Si los yegüerizos de Polybio salvan al niño predestinado al parricidio, es porque el hado quiere también que el padre muera a manos del héroe, en una encrucijada de la Fócide.

La profecía desató una vez sus alas negras de tempestad sobre el palacio de Tebas, y Layo oyó, temblando de pavor, el siniestro augurio. Edipo debía adivinar y adivinó el secreto de la Esfinge, lo trascendental, la predestinación o acaso lo que está simplemente vedado a la ignorancia del hombre, ignorancia que es fuente de la alegría y de la esperanza en la existencia. Edipo adivinó ese secreto y en Edipo debía cumplirse el oscuro designio de la voluntad de los dioses, pero ¿qué enigma de verdadera virtud, de acuciadora sabiduría, inquietó jamás el alma oscura de un demagogo?

Es erróneo pensar que pudo influir nunca en el sentimiento utilitario de estas multitudes positivistas, doctrina filosófica de ningún género. El régimen no respondía a la política ideal de ningún creador de valores sociales, sino al empirismo, a la experiencia más circunstanciada de la ponderación inmediata de la cualidad espiritual de los hombres. Ni los estoicos en el Pórtico, enseñando como los antiguos sofistas, la inanidad, el vacío y la futilidad de toda afirmación humana, la inconsistencia de la definición de las

cosas que no pueden ser definidas, por cuanto no se las conoce, y el amor a la eterna duda, como única posición razonable del hombre frente a un mundo de cuyas cualidades nada categóricamente afirmativo puede inducir; ni los epicúreos predicando el amor al placer, en el quietismo, en la contemplación interior del alma o en el goce de los sentidos, que no deben vivir sino en la ausencia completa de todo dolor, influyeron para nada en el corazón ni en la mente de sus contemporáneos.

Pensadores aislados que vivían su vida en franca y continua hipótesis, pesaban y medían los hechos incontrarrestables que en torno de ellos iba desenvolviendo la vida, y de la observación de esos hechos, evidentemente más que de las inútiles meditaciones abstractas, obtuvieron el firme convencimiento de las dolorosas verdades que mantenían, viviéndolas como apartados de todo contacto con la ignorante y bestial multitud.

Fueron las muchedumbres de entonces, como lo serán siempre, las muchedumbres de cualquier época, las que obligaron a meditar a los sabios y no los filósofos los que enseñaron a vivir a las multitudes.

No sería exagerado declarar que jamás valor ideal de ningún género ha pesado positivamente nada en la conciencia de los hombres que ponderan de modo bien sencillo, pero a todas luces cierto, eficaz y humano, lo positivo, lo mediocre, lo indefectible en nuestra animal y precaria naturaleza, frente a toda virtud de orden moral o religioso, porque si en alguna ocasión alcanza cualquiera de esos valores una fuerza y un prestigio momentáneos, cae bien pronto en una más hipócrita, terrible y despiadada crudeza egoísta de la colectividad que los ensalza, sin quererlos ni practicarlos.

Atenas pudo evitar a su historia aquellos días de oprobio ciudadano, a poco que un seguro instinto de selección hubiera presidido las determinaciones electivas de su pueblo, pero el fracaso de la Democracia que entonces fué, como será siempre, una fatalidad insuperable que lleva en su mismo amor a lo mediocre, a lo que se le parece, a lo que es igual a ella en lo basto, en lo amorfo, en lo inconsulto y en lo simple, llevaba a las magistraturas, cuando no a la hez de la canalla, a una canalla peor todavía: a la canalla letrada de la tribuna pública, a los aduladores de la plebe, a los cínicos estupendos, mercaderes de la palabra, monederos falsos de todas las virtudes, así de las públicas como de las privadas, que obtenían ayer de su innoble comercio como lo obtienen ahora, el gaje afrentoso de su tráfico, en la ra

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

(Pasa a la página 316).

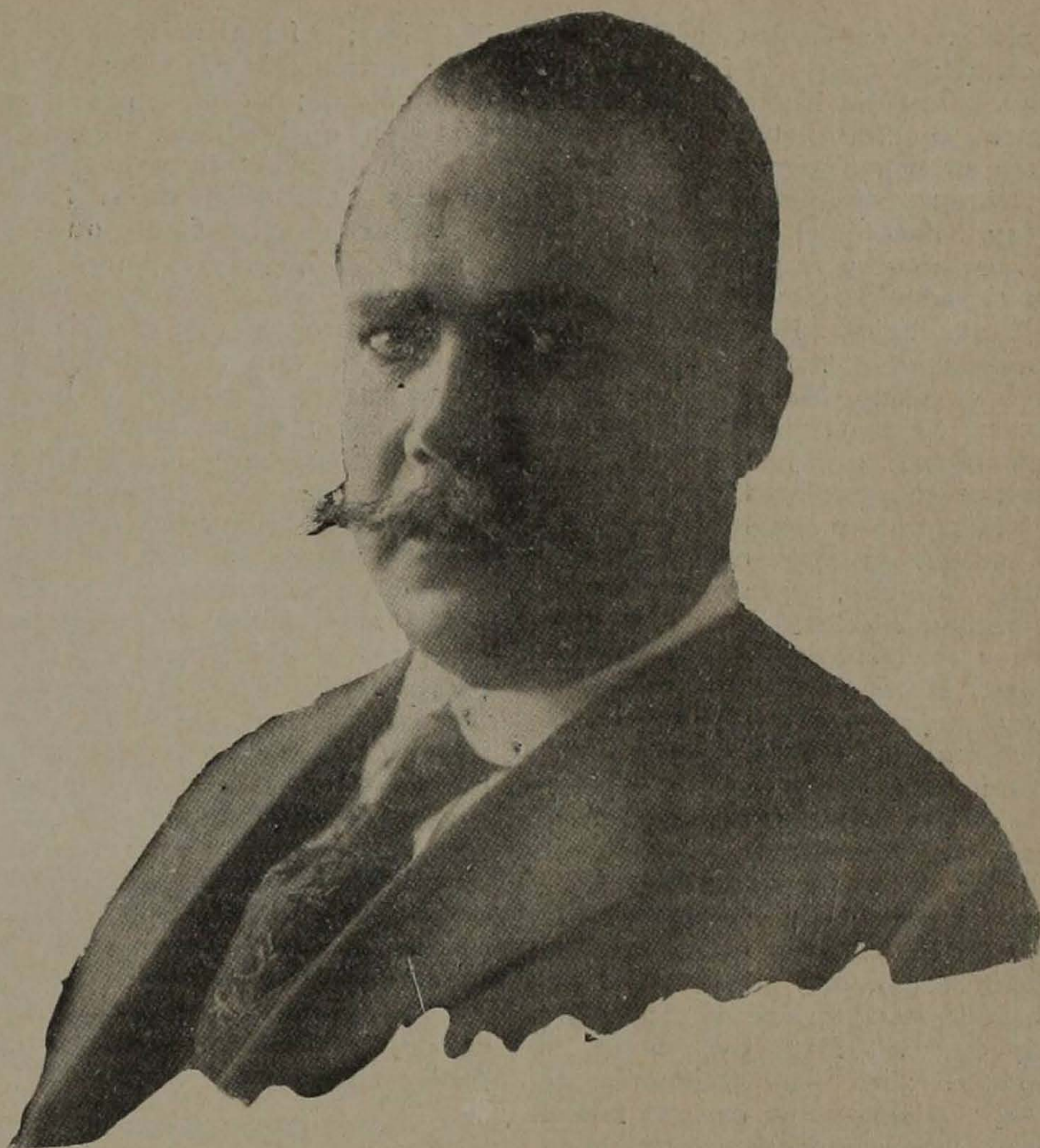
HOMBRES DEL MOMENTO

Obregón,
el Presidente
preocupado

UNA vez el presidente Obregón nos recibió en el Palacio Nacional: este palacio, que ocupa uno de los lados del Zócalo y que recuerda la arquitectura de las grandes residencias oficiales que se construyeron en España en tiempos de Carlos III; otra vez, el presidente Obregón nos invitó a departir con él en el castillo de Chapultepec: un soberbio castillo de la época azteca alzado sobre un montículo de roca viva y circundado por un bosque que tiene las líneas delicadas y aristocráticas del Bosque de Bolonia y una frondosidad sin equivalencia ni comparación posibles.

La primera impresión que del presidente Obregón se recibe es la de su fortaleza física. Se ve en Obregón a un hombre sano: ancho de espaldas, recio, de cabeza casi cuadrada. Madero, por ejemplo, el presidente que acabó con la dictadura de Porfirio Díaz, era de minúscula presencia: esmirriado de cuerpo y de cráneo pequeño. Como Obregón es Calles, secretario de Gobernación y candidato a la Presidencia, que, por haber encontrado para las elecciones próximas el apoyo oficial, ha desencadenado en su contra el actual movimiento revolucionario. A pesar de esta fortaleza física de Obregón, sus amigos advertían que, en el espacio de unos meses, los que llevaba ejerciendo la más alta magistratura de su país, había envejecido extremadamente; lo conocían en sus ojos, que habían perdido luminosidad, y parecía, en momentos, que se diluían en agua; lo conocían en las mil hebras de plata que, inopinadamente, surgieron en su cabeza; lo conocían en el cansancio y en la laxitud que, de pronto, observaban en él... Estos amigos sabían, sin embargo, que ya, antes que ellos, uno de los griegos dilectos a los mejicanos estudiosos, Platón, había dicho que el mal que mata con mayor rapidez a los hombres es el que se contrae cuando se adquiere conciencia de la propia responsabilidad.

Esta fortaleza física de Obregón no va unida a dureza de carácter, a terquedad de palabra, a ímpetu sanguíneo, a dominio de la materia sobre el espíritu. Todo lo contrario. Obregón



EL PRESIDENTE OBREGON

es franco, claro, efusivo; el diálogo con él es diálogo de camaradería. Los problemas más trascendentales—el del reconocimiento de México por los Estados Unidos, el de la actitud del Gobierno español por el reparto de las tierras, el del petróleo, el de la situación de la Hacienda pública, el social, el de la enseñanza—trátanse con él sin criterio impositivo por su parte. Habla, expone su opinión y espera la opinión de quien está con él, a la que se rinde si la cree superior a la suya. No es lo que fué Narváez en España, que fué siempre una espada y sólo una espada; ni lo que fué Porfirio Díaz, que era la espada y el decorado externo más recargado de colores, insignias, bordados y plumas que se ha presentado en público. Obregón se ha desprendido del uniforme, que no ha vuelto a vestir desde su elevación a la Presidencia; se ha desprendido de él por fuera y por dentro; se ha desprendido de él como hábito y como influencia en el carácter. Es un hombre de la vida civil y de concepción civil de la vida. Su historia de guerrero, detallada en el libro original *Ocho mil kilómetros en campaña*, ha quedado cortada en el momento que el guerrero ha sido encumbrado a la más alta magistratura de su país. Obregón no

es el grito, ni la violencia, ni la impetuosidad desorbitada, ni el ordeno y mando seco, terminante e inapelable; es la palabra suave, la continencia, el debate democrático, la actitud meditada y serena, la acción precedida siempre de la reflexión. ¿No había dicho Goethe que estas cualidades señalaban los límites de un carácter?

Departiendo con Obregón, lo que se observa en seguida es su preocupación. Obregón es un hombre profundamente preocupado. Quien ha intimado en Europa con otros jefes de Estado, los presenta banales, ligeros, hablando de todo sin profundizar en nada, produciéndose ingeniosamente cuando se reclama de ellos seriedad, adoptando gravedad y empaque pedantescos cuando se pide de ellos que escuchen, callen y cumplan lo que se les mande. Así era, por ejemplo, Guillermo II. Obregón no es así. En el régimen constitucional de México, el Presidente de la República se ve investido de extraordinarios poderes: sus ministros son secretarios de despacho, que él nombra y destituye a voluntad, lo mismo que al procurador general de la República, al gobernador del Distrito Federal, a los gobernadores de territorios, al procurador general de Justicia, a los agentes di-

plomáticos y empleados superiores de Hacienda; dispone de la fuerza armada y de la Guardia Nacional; declara la guerra, concede patentes de corso, dirige las negociaciones diplomáticas y celebra tratados con los otros países. La ley le concede al Presidente poderes ilimitados, y la práctica extiende aún el radio de estos poderes. Tiene ello una lógica. Esta Constitución mexicana se estatuyó en torno de hombres como Madero, como Carranza, como Obregón, de acusada personalidad, que habían guiado un movimiento revolucionario, habían triunfado en él y venían a justificarlo y a consolidarlo con su obra desde el Poder. Obregón, sin embargo, venido del campo de batalla, elevado a la cima y con esta amplitud de atribuciones, es un hombre preocupado, medita sus resoluciones, las consulta, las entrega al Parlamento, le torturan el espíritu antes de desprenderse de ellas para convertirlas en ley... A nosotros hizo el honor de detallarnos, sentados los dos en aquella maravillosa terraza de Chapultepec, el propósito suyo de reglamentar el artículo 123 constitucional, dictando una disposición que estableciera la jubilación obligatoria en favor del obrero, la responsabilidad por accidentes del trabajo, el seguro en caso de fallecimiento. Por la manera emotiva y detallada de describirlo, se advertía que aquel hombre había pasado largas horas reflexionando sobre ello. Y entrelazando con este problema cualquier otro problema nacional que en el diálogo se abordara, advertíase que había prendido en su espíritu y que era en él, hasta resolverlo en normas de Justicia, un inmenso agobio. La preocupación de Obregón, analizada, no era en el fondo sino el afán religioso de pasar por la Presidencia de la República armonizando la realización de los ideales de caudillo revolucionario con los deberes de estadista. Hasta entonces, que le vimos, y hasta ahora, que la actualidad dramática de México despierta la evocación, paso a paso, hebra de plata sobre hebra de plata en su cabeza, lo lograba y lo ha logrado.

¿Cuál será el fin de este hombre fuerte, sano, que estima como honor que, en vez de general, se le llame ciudadano? Estas figuras representativas de la política mexicana tienen destellos trágicos. Una tras otra, se las ha visto entrar, llegar a la cumbre y desde la cumbre caer entre humo y sangre. Cien factores disolventes actúan en la vida pública de aquel país: la intervención extranjera, desmedida y sin ética de ninguna clase por parte de los Estados Unidos; la ambición ilimitada, personal y venal de los hombres incapaces de grandes ambiciones

históricas; el fanatismo pasional de la raza; el desprecio a la vida; el ambiente de pólvora; el campo, por su extensión y sus quebraduras, propicio a la rebelión, la aventura y la pertinacia en ellas... Cualquiera de estos factores es decisivo en el momento que se manifiesta, si quien esté en la cumbre pierde la serenidad. Madero la perdió cuando entró preso en el Palacio Nacional; por esto lo pudieron matar impunemente. Carranza la perdió al querer huir; en la huida le dieron muerte. ¿Cuál será el fin de Obregón? El temple moral de Obregón nos advierte que es de aquellos hombres escogidos dotados del don sobrenatural de unir los momentos más graves a la visión más serena de las realidades presentes y de los peligros futuros. Parece dueño de las energías necesarias para refrenar las furias y someterlas. Por respeto a la vida humana; por deseo de conservar una figura selecta; por el afán de ver a México en una época de paz, de formación cultural, de engrandecimiento económico, de salvación de los valores ideales que triunfaron en la revolución, sería provechoso que fuese así. Y que Obregón descendiera de la cumbre del Poder dejando en la historia civil de su pueblo una página ejemplar.

MARCELINO DOMINGO

(*La Libertad*, Madrid).

Atenas bajo la demagogia...

(Viene de la página 314).

pacidad más inmune y desvergonzada que se conoce.

Y la moral pública de Atenas bajo la demagogia, tenía el símbolo exacto de su degeneración inevitable, en las diatribas tribunicias, en aquellos certámenes de ignominia de los oradores en el Foro.

Nada tan soez, tan duro ni tan justificado al mismo tiempo, como un discurso de Esquines contra Demóstenes. Nada tan vergonzoso, tan sucio ni tan autorizado, sin embargo, como una réplica de Demóstenes combatiendo a Esquines.

Era un concurso afrentoso de prociadades insólitas, de crueles denuestos, de horribles injurias.

Los colosos de la palabra deshonrada, se batían a puñados de cieno en el tremedal de la Asamblea, cubiertos de inmundicia hasta la frente, donde, por sarcasmo desacostumbrado, lucía el verde sin mácula de las coronas del Foro.

Lo que el presente puede saber, estudiando ese pasado, tendrá en todo momento un valor de oportunidad inestimable, porque son los mismos los factores de lucha biológica, natu-

ral, que la sociología presenta, en el estadio de la vida.

Diógenes puede revivir ahora mismo, seguro que ha de reconocer en nuestras instituciones y en nuestras cristianas virtudes, los mismos defectos que lo obligaron un día a pronunciar sus rudos anatemas contra los hombres, y a colgar de su hombro la burjaca del mendigo.

No es por vano afán de notoriedad o de excentricismo que se hurga en ese pasado, porque evidentemente no conocerá la vida quien desconozca en absoluto la historia de aquellos días, y los que hoy desdeñan, con aire de suficiencia notoria, lo que ese pretérito enseña, de modo tan elocuente, están muy lejos de sospechar que toda su ciencia y sabiduría del momento, valen, en efecto, bien poco, cuando no tienen de comprensivas y de humanas otra cosa que el frío y rígido análisis de los conceptos abstractos.

El aspecto más interesante de la vida, siempre será aquel que esté, por su misma naturaleza, más cerca de nosotros; el que resuelva o tienda a resolver mayor número de problemas humanos, en relación con nuestras necesidades, pura y simplemente fisiológicas.

Con el análisis del infinito o con el cálculo infinitesimal, no construirá jamás el hombre un sistema de gobierno. Para considerar los elementos que distinguen una demagogia de una aristocracia, poco importa saber la diferencia que existe entre un espacio polidimensional y un mundo sencillamente euclidiano. Si Gordiano Bruno deriva, de una profunda y sagaz ponderación del sistema heliocéntrico de Copérnico, su teoría panteísta, en un desplazamiento espiritual sin límites y sin dirección determinada, no evita con ello, sin embargo, que la injusticia lo alcance hasta hacerlo arder en la pira del inútil y bárbaro sacrificio.

El arte puede alcanzar insospechada perfección o absoluta amplitud, en un total acomodamiento matemático de la línea o del sonido; el espíritu que intuye, morará, si se quiere, en maravillosos universos de inferencia, pero la vida de la necesidad, la vida fisiológica, la vida verdadera, que ha sido, es y será, absolutamente euclidiana, una humilde línea recta relativa, sobre uno de los pequeños planos de nuestro mundo globular, esa no puede resolver sus problemas sino a partir de la enseñanza que le proporciona el humilde pasado de la historia del hombre.

Los que hoy guardan para todos esos hechos históricos un olímpico y a veces inconsulto desdén, son simples desertores de la verdadera moral humana: heraldos de ciencia ultramoderna o acomodaticios sensualistas que buscan un refugio en el mero accidente

literario del arte por el arte, ignorando por sistema, y a ciencia voluntaria, lo que todo escritor consciente de sus responsabilidades debe conocer, hasta donde le sea posible.

Es un deber cultivar la inclinación que en mayor o en menor grado vive en todo hombre, acerca de esa curiosidad en el análisis de lo pretérito, por mucho que desdeñen esa disciplina los iconoclastas de ahora, los apóstoles de los paradigmas científicos que miran por encima del hombro, como a cosa inútil, la razonable enseñanza de los sucesos históricos, anhelando construir con hipótesis, tal vez inexperienciales para siempre, un Universo epistemológico, donde seguramente podría alimentarse Diógenes, si alguna vez resucitara, con postulados de geometría proyectiva y anhelos espirituales de insuperables distancias cósmicas.

Es muy digna de nota, sin embargo, esa superior enseñanza, que tiende a redimirnos del posible error animal de la vida, pero no para referirla en absoluto a las posibilidades biológicas del hombre, tal como lo intentan, casi siempre de modo tácito, sus mantenedores de ahora.

Esa suerte de filosofía, menos compleja por entonces, vivía en un divorcio mayor aún con el pueblo de Atenas, que la de los sofistas y la de los socráticos, a pesar de la escasa o nula influencia de estas dos últimas.

Critias y Alcibiades, que aprendieron a razonar con Sócrates, abandonaron las enseñanzas de éste tan pronto como la ambición que los devoraba, los llevó a la cumbre de los éxitos políticos, y en lo general, cuantos salían de la Academia, de El Liceo o del Pórtico de Stoa, discípulos de uno o de todas las escuelas, se apartaban bien pronto de las doctrinas aprendidas para aplicarse a conocer y a dominar las enseñanzas mundanas, la dolorosa y bestial filosofía que el hombre eleva, por sus vicios, de lo sencillo y natural, a lo superfluo y monstruoso.

En los pueblos ingenuos, de organización primitiva, donde no abunda el tipo del pensador que filosofa para obtener un mayor provecho individual en todo o por hereditaria inclinación altruísta, priva la disciplina del credo cívico que el gran conjunto impone, como razón de ser del propio Estado. La mayoría pone en esos Estados la confianza política que funda en el propio derecho interno de la Constitución nacional, y eleva a profesión de fe, a precepto de dogma, la sencilla y para ellos indiscutible virtud del patriotismo. Un pecado de lesa patria en estos países, una contravención de las reglas morales en la administración pública del Estado, será en todo momento considerado por ellos, como un vicio individual, como un acciden-

te, como un delito aislado de los muchos que un hombre puede cometer, pero nunca de ningún modo, como hecho que nace de una regla general, en la imitación de la conducta, común a todos los ciudadanos gobernantes.

Este último caso es el que se da, por antítesis, en los pueblos donde el egoísmo individualista impera hasta la atomización. Rotos los vínculos, viven, moralmente al menos, en el aislamiento feroz del hombre de las cavernas, en las edades primitivas. No los une la fe agresiva y constructora del nexo religioso o del nexo cívico. Nada los ata al sentimiento de la patria y de la colectividad constituida en Estado, sino la necesidad que tienen de vivir, acá o allá, socialmente, y es indudable que están llamados a caer bajo el dominio de los países que se desenvuelven dentro del sistema constructivo y expansionista de su fe cívica, porque el concepto de la patria, nace y vive, virtualmente, de ese arcaico y sencillo credo, ajeno a toda filosofía y a toda especulación.

En ambiente como éste, en el de la demagogia todopoderosa y desbordada, era donde se movía Diógenes, y de la observación de las costumbres de su época, de las que eran él y su maestro Antístenes, viva, dolorosa y cruda protesta, nació aquella filosofía maldiciente, mendicante, renunciadora; más que monástica, eremita, implacable, vengativa, rayana en la demencia reivindicadora de la virtud.

Era en las postrimerías de la quiebra definitiva del sistema democrático; era sólo unos años antes de aquel en que Demetrio Poliorcetes acusaba a Grecia de no mantener sobre toda su extensión territorial a un solo hombre digno; era la hora clamorosa del éxito de la canalla triunfante que pedía a gritos el látigo y la cadena del amo sobrio, tenaz, patriota, conquistador, duro e inexorable en la lucha, dominador y

valeroso; era, en fin, la época decadente que anunciaba a los griegos el asalto amenazador de las águilas romanas, que ya ensayaban el vuelo trepidante de sus conquistas sobre las llanuras y sobre las cimas nevadas del Lacio, para caer bien pronto, como desatada tempestad, sobre los rebafios cobardes de la democracia griega.

Poca o ninguna parte traían a este desconcierto de Atenas, sin embargo, las filosofías imperantes, ni siquiera el mismo desorden interior del régimen demagógico. Todo estribaba por entonces, como estriba ahora, en la falta de credo cívico, o en detalles de mera organización, debidos, generalmente, a la tenacidad, a la inteligencia y a la virtud de los caudillos que logran imponerse, cuando falta esa fe.

En el Estado antiguo, la ciudad de presa más acometedora, más audaz, más populosa, más rica y mejor regimientada, resolvía el secreto de los éxitos en los asedios y en las batallas campales.

Roma bajo Pompeyo, en un absoluto dominio de la plebe crédula e iletrada, triunfaba en todas partes, porque disponía de la fuerza de cohesión de su pueblo y del oro suficiente para mantener a numerosos estipendiarios y para sobornar a sus enemigos.

El sino de la Historia sobre el que novísimos especuladores del absurdo quieren establecer hoy una derivación trascendental, indefectible, del producirse en los hechos, significando que todo pueblo pasa, de modo invariable, del estado de cultura intensamente religioso al estado de civilización absolutamente ateo, no ha radicado nunca, esencialmente, sino en la fe cívica y en el poder del oro que gana las voluntades y abre las puertas de las murallas, por la traición y por el soborno.

La venalidad del ciudadano antiguo

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PÍDALO

en todas las BOTICAS



que se vendía con vistas a tal o cual interés personal, es la misma del retórico de ahora que se vende al oro o a la promesa de cohecho del intento de mesocracia que presencia el mundo, bajo el pronunciamiento de oscuros caudillos, representantes del poder más eficaz de las naciones.

Esto revela que en la lucha de clases, triunfa la más poderosa, la que tiene el arma en la mano, la fe en el corazón o el oro en el bolsillo. Enseña que es lo simple, lo más simple en el espíritu del hombre, lo que se impone y lo que triunfa, y en modo alguno explica tal o cual retroceso al punto de partida, para recomenzar el ciclo de la barbarie y de las culturas pasadas.

El hedonismo circunstante de los hombres, como el de toda la antigüedad, es un concepto categóricamente empírico, experimental, en los estados de cultura y en los estados de civilización. No nació de ninguna alta especulación filosófica, sino por el contrario, del examen de lo más inmediato, de lo más innoble, de lo más humano, desdichadamente, que tenemos en el espíritu.

«Practiqué el mal y he recibido el bien en pago», decían, ya hace muchos

siglos, en las postrimerías del paganismo, los iniciados en los Misterios de Baco.

Del mal que ahora se practica, se obtienen las ventajas de la riqueza, del mando, del aprovechamiento conveniente de todas las reservas de la fuerza física y moral del individuo que pone su egoísmo como escudo invulnerable frente a toda piedad y a toda virtud.

Diógenes puede llegar de nuevo cuando quiera. Su linterna arderá en vano todo el día, buscando un hombre. Su enseñanza, humildísima exigencia impecable de la verdad filosóficamente biológica de la vida, será imperecedera.

Bajo la civilización sin verdadera filosofía del presente, como bajo la demagogia sin credo de su época, una sola cosa perdura inalterable en nuestro espíritu: el sordo afán de poseer, para devorarlos, los cielos y la Tierra.

Capítulo que corresponde a
La escudilla de Diógenes,
libro que será editado próximamente.

FERNANDO LLES BERDAYES

Matanzas, Cuba, 1924.

La renovación del teatro...

(Viene de la página 309).

LA SOLUCION "ARTISTICA"

DIVERSAS soluciones se presentan. Las más, y las mejores, son simplificaciones. Se conviene en que el escenario moderno está lleno de estorbos, recargado de cosas inútiles.

Hay quienes sustituyen el realismo con la fantasía. Sus argumentos son interesantes. No sólo protestan contra las pretensiones de exactitud fotográfica, contra la minucia de pormenores, sino que atacan la estructura esencial del escenario moderno. Pase el escenario realista cuando reproduzca interiores pequeños, como cuadro holandés; pero para reproducir grandes salas—salvo en teatros excepcionalmente grandes—y sobre todo para el aire libre, los métodos modernos son más equivocados que los de la Edad Media. Cuando se quiere simular un bosque, se distribuyen en el escenario unos cuantos árboles y se coloca en el fondo una pintura de paisaje: los ojos pasan bruscamente, de la perspectiva real de los árboles aislados, a la perspectiva ficticia del paisaje. ¡Y se pretende que la ilusión es completa! En realidad no hay ilusión; no hay sino costumbre perezosa de aceptar aquello como realismo escénico. ¡Si aun cuando faltan los árboles de bulto, sólo la desproporción entre la figura humana real y la perspectiva ficticia del fondo destruye toda ilusión de verdad!

Pero no basta suprimir la absurda mezcla de dos perspectivas que no se funden. Se va más lejos. ¿A qué pretender que el paisaje simule vasta fotografía coloreada? ¿A quién ha de engañar el paisaje pintado? ¿A quién engaña la fotografía? ¡Fuera con las pretensiones de realismo! Puesto que el objeto de la decoración no es engañar, sino

sugerir, indicar el sitio, hagamos que la indicación, sea, no fotográfica, sino artística; que sea hija de la imaginación pictórica, la cual sabrá variar, según el estilo de las obras, el tipo de la decoración: desde la opulencia de color que corresponde a *Las mil y una noches* hasta los tonos apagados que armonizan con el ambiente de *Peleas y Melisanda*. Así nace el escenario «artístico» cuyo ejemplo internacional mejor conocido lo da el *Ballet Russe*.

LA SOLUCION HISTORICA

OTROS dicen: demos a cada obra escenario igual o semejante al que tuvo en su origen. De ahí la resurrección de los teatros griegos, al aire libre; de ahí la restauración del escenario de decoraciones esquemáticas para Shakespeare y para el teatro medieval. Restauración parecida podría ensayarse para Lope, Tirso, Alarcón.

LA SOLUCION RADICAL

Los radicales dicen: no hay que soñar en la fusión de las artes cuando lo que se desea es, estrictamente, representar obras dramáticas. La simplificación debe ser completa: todo lo accesorio estorba, distrae de lo esencial, que es el drama. Y el primer estorbo que debe desaparecer es la decoración. ¡Fuera con las decoraciones!

El mayor apóstol de la simplificación absoluta es Jacques Copeau. Y sus éxitos dan testimonio de la verdad de sus teorías.

SOLUCIONES MIXTAS

HAY quienes no se atreven a tanto, y adoptan soluciones mixtas. Hay quienes hablan de «síntesis», y de «ritmo», y de otras

nociones que emplean con vaguedad desesperante; no todos los renovadores tienen en sus ideas, o al menos en su expresión, la claridad francesa de Copeau; y los hay que quieren, adoptando el tono solemne, hacer pasar como profundos hallazgos filosóficos verdades del dominio común. No siempre es fácil entender lo que se propone Gordon Graig en Inglaterra ni prever qué cosa nueva ensayaré Max Rheinhardt en Alemania. En rigor, las soluciones mixtas se inclinan las más veces hacia el tipo «artístico», y a veces pecan de profusión y recargo tanto como el realismo escénico que quieren desterrar. Entre estas soluciones las hay de todas especies, desde el «gran espectáculo» de Gémier, lleno de innovaciones curiosas, como los intermedios de juegos atléticos, hasta la interesante simplificación del inglés Maurice Browne, en el Little Theatre de Chicago, donde la decoración se reduce a meras indicaciones, y durante la obra el juego de la iluminación a colores va siguiendo paso a paso, subrayando, las peripecias espirituales; así como he visto obtener efectos admirables en *Las Troyanas* y la *Medea* de Eurípides.

EL CASO DE NUEVA YORK.

HAY en Nueva York muchas gente a quienes preocupa la fama de que gozan los Estados Unidos como país de vida espiritual estrecha y viven protestando contra el realismo vulgar de la escena. Declaran que en Broadway (como si en París se dijera: «en el Boulevard») impera la imaginación fotográfica de Belasco, de Charles Frohman y sus congéneres (no sólo en el arte de las decoraciones, sino también en el de los actores, y lo que es peor, en las obras dramáticas), y se dedican a patrocinar toda especie de intentos que se salgan del tipo *Broadway*: unas veces a los artistas italianos o judíos que hacen maravillas en teatros de barrio, otras veces al francés Copeau cuando trasladada al Nuevo Mundo su Theatre du Vieux Colombier: unas veces teatros diminutos, para cien o doscientas personas, otras veces teatros al aire libre; unas veces teatros con decoraciones a gusto de los pintores nuevos, otras veces teatros sin decoraciones, como el Portmanteau Theatre, que se llama así porque en una maleta cabe todo lo que se usa en el escenario.

La protesta perpetua de estos exigentes basta para crear en Nueva York, fuera de Broadway,—o hasta invadiéndolo, como en el caso del audaz empresario Arthur Hopkins,—una variada sucesión de tentativas teatrales, bien logradas unas, otras no, pero todas de interés singular. Y aunque los mantenedores de la protesta nos dicen que «en Nueva York no hay nada bueno que ver en los teatros»—a reserva de indicarnos uno o dos espectáculos que *forman excepción*,—el espectador que sepa escoger podrá limitarse a las *excepciones* y no ver sino obras maestras. Y quizás podrá ver una, por lo menos, cada semana.

De 1914 a hoy, las empresas que se clasifican allí como independientes, separadas del inevitable *trust* teatral, han hecho representar, en inglés, obras de los autores más diversos: Benavente, Sem Benelli, Roberto Bracco, Pirandello, Hauptmann, Wedekind, Schnitzler, Strindberg, Ibsen, Bjoernson, Tolstoi, Maeterlinck, Anatole France, Musset, Dunsany, Bernard Shaw, Galsworthy, Masefield, Ervine... De esas, algunas alcanzan éxitos ruidosos: así, *La cena de las burlas*, de Benelli; *Justicia*, de Galsworthy; *La Malquerida*, de Benavente, (cuyos *Intereses creados*, representados anteriormente según los métodos del escenario «artístico», fueron sólo *succès d'estime*). El grupo de obras antiguas es aún más curioso: además de Shakespeare, presentado de diversos mo-

dos, el *Edipo Rey* y la *Electra*, de Sófocles, la *Medea*, la *Ifigenia en Táurida* y *Las Troyanas*, de Eurípides, la farsa francesa medioeval de *Maitre Pathelin*, el *Buschido* japonés, la *Sakúntala*, de la India, y *El libro de Job!*

LA MEJOR SOLUCION

LA mejor solución, naturalmente, sería ensayarlas todas. La «artística» es de las que se imponen solas, y suele ofrecernos deleites incomparables. La «histórica», al contrario, triunfa difícilmente: requiere sumo tacto en la dirección escénica.

Confieso mi desmedido amor a la simplificación, relativa o absoluta. Pocas cosas me han parecido mejor que Sófocles, Eurípides, Shakespeare, Racine, sin decoraciones o punto menos. Y nada me confirma en aquella afición como el *Hamlet* de Sir Johnston Forbes-Robertson. Lo vi primero con decoraciones, y me pareció lo que todos ya concedían: el mejor *Hamlet* de nuestros tiempos. Doce años después volví a verlo sin decoraciones. Forbes-Robertson no pertenecía a los grupos innovadores. Se retiraba del teatro haciendo extensísima jira, que duró tres años, dedicada a *Hamlet*: la última representación tuvo lugar el día en que se conmemoraba el tercer centenario de la muerte de Shakespeare. En esta jira, en que a menudo se cambiaba de ciudad diariamente, las decoraciones parecieron estorbosas, y fueron suprimidas, sustituyéndolas con cortinajes de color verde oscuro, según el plan preconizado en Inglaterra por William Poel. El efecto de este *Hamlet* era cosa única en el teatro contemporáneo. La falta de accesorios estorbosos dejaba desnuda la tragedia, dándole intensidad estupenda; y el método, empleado por Forbes-Robertson, de intensificar el conflicto psicológico manteniendo a los actores secundarios agrupados a corta distancia del protagonista, producía la impresión de que el drama ocurría todo «dentro de *Hamlet*», en la cabeza de *Hamlet*. Nunca comprendí mejor la idea de Mallarmé: los personajes del *Hamlet* son como proyecciones del espíritu del protagonista. Este *Hamlet* no era ya el mejor de nuestros días: es la realización más extraordinaria que he visto sobre la escena.

EN LOS PAISES ESPAÑOLES.

¿No estarán maduros los tiempos, en los países de lengua española, para la renovación del escenario? Tal vez sí. Sé que no faltan intentos, como la *Fedra* de Unamuno, en el Ateneo de Madrid. Una que otra vez, las empresas de teatro procuran, con poca fortuna, salirse de los carriles gastados. Todo ello, por desgracia, es demasiado poco.

Y sin embargo, el deseo de renovación está en el aire. Tal vez para realizarlo y evitar la torpe intervención de espectadores inadecuados e innecesarios, se debería comenzar, como en otras partes, por representaciones especiales: a éstas sólo se admitiría a los devotos, constituidos previamente en sociedad. Las buenas compañías dramáticas, con el apoyo de la sociedad, de seguro no correrían riesgo dedicando dos o tres tardes por mes a obras escogidas, representadas conforme a las técnicas nuevas.

Gran devoto de la utopía—de la utopía, que es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo,—Azorín ha creado ya, bautizándolo con el nombre de *Idealidad*, el teatro a que aspira la España nueva. Y si no fuese ya perfecto, como todas las utopías, hasta pudiera merecer su proyecto el nombre útil, a la vez que deleitable, porque contiene una preciosa antología de dra-

mas. ¡La encantadora lengua de las emociones, en la prosa de las tragedias imitadas de los griegos por el maestro Oliva!

...Hace unos treinta años, decía don Marcelino Menéndez y Pelayo que *La Celestina* acaso no fuera representable «dentro de las condiciones del teatro actual, mucho más estrecho y raquíto de lo que parece». Pero agregaba: «¿quién nos asegura que esa obra de genio, cuyo autor... entrevió una fórmula dramática casi perfecta, no ha de llegar a ser, corriendo el tiempo, capaz de representarse en un teatro que tolere una amplitud y un desarrollo no conocidos hasta hoy?»

EN MEXICO

MUCHOS pensarán, tal vez, que en México no haya nada que citar sobre renovación del escenario. La mayoría no podrá recordar sino, a lo sumo, intentos de modernismo en revistas y zarzuelas. Hay, sin embargo, dos ensayos dignos de atención: uno, el de la compañía Rivas Cacho en el Teatro Lírico, en 1921; otro, el teatro de los indios, instalado en Teotihuacán por el dramaturgo Saavedra y el pintor González. En ambos casos, el interés estriba en el empleo de elementos mexicanos para fines de decoración del tipo «artístico».

En México, pues, podrían desarrollarse con éxito dos formas de renovación. Una, la simplificación que me atrevería a recomendar a los estudiantes universitarios. ¿Por qué no hacen aquí teatro los estudiantes? De ellos nacen, en otros países, actividades teatrales de mucho interés. Otra fórmula, la «artística» con elementos mexicanos: es justo pedir que, junto a los frutos de madurez que en otros órdenes produce ya el nacionalismo mexicano, el teatro dé también los suyos y comience a participar en el ensayo de civilización nueva.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

(El Mundo. México, D. F.)

Envío

Escasú, 30 de enero de 1924.

Señor don J. García Monge,
Director del
REPERTORIO AMERICANO
San José.

Don Joaquín: Ud. conoce más que cualquiera las enormes dificultades con que se tropieza para hacer una revista como yo pretendía que fuera *Filosofía y Letras*. Revista múltiple en la cual fuera posible comentar los últimos movimientos filosóficos, literarios y científicos de la época, de manera que entrase en ella lo mismo que Einstein, la producción metafísica nacional con toda la audacia a que fuera posible aspirar. Y hablo de metafísica, por lo que toca a mis propias producciones, sometidas durante meses y meses al cartapacio de las cosas inéditas. Yo sé que el público prefiere, en la hora presente, sobre lo interesante y trascendental, lo agradable; pero esto no es razón suficiente para que la producción del país no tenga una puerta amplia de salida al público. Esto me inducía a editar una revista de tal género.

Trabajé con objeto de que mis amigos del exterior me enviasen artículos inéditos y vinieron. Se los envió para el REPERTORIO, que es la publicación más noble y más prestigiada de la República. Estimo que esos egregios amigos y escritores estarán más satisfechos de verse editados en el REPERTORIO; y, con toda justicia. En dos números de su revista sería posible publicar el material conservado. Para facilitar su distribución le propongo para el primer número: 1º Carta del Dr. Varona; 2º *Atenas bajo la demagogia*, capítulo inédito de un libro de Lles y Berdayes, este otro admirable escritor cubano; y 3º los versos de la poetista que presente Lles en carta que me dirige. Después le enviaré el material precioso que tengo para el segundo número.

Le anticipa mil gracias su amigo de siempre,

M. VINCENZI

Rodó y el sentido clásico...

(Viene de la página 312).

mente combatida por la alta sociedad y los intelectuales de arraigo patriótico. Aunque Rodó no fuera por cierto un cristiano de profesión o de testimonio, opinó que este acto, dictado por un estrecho espíritu sectario, iba en contra del unánime consenso de la opinión pública sobre la personalidad única de Cristo, venerado aun por anarquistas, socialistas y positivistas. Consecuente con su delicada probidad intelectual y moral, protestó vigorosamente contra la ejecución de esa medida en gran número de ensayos que cosecharon para él la estima general de la sociedad más seria y consciente del país. Desde ese momento fué, como Carlos María Ramírez, esa otra cumbre del pensamiento uruguayo, un portavoz de la conciencia nacional. En 1909 apareció su obra de más volumen y aliento: *Motivos de Proteo*. En carta hermosa y de substancia, como todas las suyas, al autor de este ensayo, dícele haber puesto allí lo más intenso y acabado de su labor hasta esa época. Estamos en el año 1909, días de oro aun para nuestra humanidad. Con más amplio horizonte y más reposo que en *Ariel*, para seguir el mismo brillante hilo de su palabra, tiende la vista por parecidos campos de meditación y de prédica, aunque concretándose especialmente esta vez a la cultura del propio yo; a la formación de la personalidad, honda y firmemente desenvuelta, mediante una incesante y orgánica renovación. Predicaba la acción, la esperanza y el amor a la vida, porque creía, según su propio entender, que tal era el rumbo por donde haríamos obra de espíritu realmente «americano».

Ese ideal, que también es el mío, nos vinculó desde el primer estudio. *Vida nueva*, y la lectura de *Proteo* sirviéronme para reconocer todavía más estrecho ese lazo de afinidad espiritual. Recuerdo haber puesto en la primera página de este libro una sugerente imagen que representa una multitud de niños de coro entonando un cantar solemne. Así se me hace el asunto de esta obra que toca en su conjunto todos los temas interesantes para el espíritu humano. Alcanzó inmediatamente el mismo éxito de *Ariel*. Rodó volvió a encontrar otra vez la dono-

sura de decir que le consagró maestro. Está escrito en el estilo cautivador de su *Ariel*, cita frecuentemente los más bellos pensares de las mentalidades más altas; vuelve a narrar los más escogidos episodios de la historia y, sobre todo ello, da completa expansión a su amor por la parábola.

En último análisis, es Rodó un enamorado de lo bello, tal como lo fueron Platón y su escuela. Atisbó el elemento ideal en todas las cosas. Cualquiera fuera el objeto de su meditación, fué siempre tratada aquilatando su valor estético. Su pluma no se detuvo sino para describir lo que era elevado, inspirador y mentalmente interesante.

La labor literaria de Rodó se desarrolló en el transcurso de unos 25 años, más o menos. Es la suya la obra de un pensador que escribió porque sabía extensa y profundamente. Fué servido por una memoria prodigiosa y era un lector infatigable. A los treinta años ya había leído las obras más importantes de la literatura universal, de la filosofía y de la historia.

Su facultad imperante fué la inteligencia clara, expresada en términos de vigor mental y exquisitez o refinamiento literario, si se quiere.

Parece haber sido su idea central, no importa que él hable, en ocasión del primer centenario de Chile o sus preciosas meditaciones sobre los que callan, que el arte es un elemento activo y vital de la vida social. En ello iba por la huella de Guyau, otro de los pensadores de cuya lectura se nutrió abundantemente su cerebro. Sostenía que el culto de lo bueno (Kagathon) y de lo bello (Kalos) no son términos contradictorios. Según su parecer, el pueblo que hubiese recibido una profunda educación estética sólo podía ser estricta y altamente moral.

Era nuestro autor un gran propulsor de la cultura general como medio de elevar al hombre a las altas esferas del pensamiento que tiende a impedir el mal. Tenía una noción muy justa y muy sana de lo que podría ser una aristocracia dentro de la democracia moderna. Ello constituye la idea madre de muchos de sus escritos y ensayos. Nacido en un país republicano, harto inclinado, como todas las democracias, a entregar fácilmente la dirección moral e intelectual al todopoder del dinero, fué de los primeros en sugerir a las jóvenes generaciones de América latina la necesidad imperiosa de una clase dirigente escogida entre los mejores y más sabios ciudadanos.

Contemplaba la formación de una aristocracia constituida por la selección natural de una *élite*, por la práctica de los más nobles pensamientos humanos. No estaba en su noción de la sociedad, una casta cerrada, pero sí de un conjunto de hombres o familias erguidas en clase dirigente por su mérito personal tan sólo. Ernesto Renán y Nietzsche se han ocupado extensamente del tema, pero ni el sabio francés ni el filósofo germano, han resuelto el problema de una manera más elevada o hermosa que Rodó. Su concepción era de que si la democracia aspirase a una aristocracia racional, dentro de sus filas, tendría que modificar sus métodos e íntimo espíritu. La mala interpretación dada a la palabra «igualdad» trae gran confusión a las sociedades modernas, porque contraría las supremas leyes de la naturaleza. La noción de igualdad, tal como hoy se entiende en política, debiera substituirse por la idea científica de la selección natural. Podemos todos ser iguales en potencia, pero no en realización, pues esta última depende de otros factores que los decretos de la ley humana. Así vemos al liberal Rodó atacar el «jacobinismo», cuando las circunstancias lo vuelven un odioso fanatismo sectario. La ocasión se presentó cuando el Estado quiso

mezclarse en las cuestiones de conciencia. Muy contraria a su espíritu era la manera brutal con que hoy día se entroniza a los mediocres, se persigue a los que veneran el pasado y tienen por fuerza inspiradora a la tradición y otras semejantes influencias ancestrales. Estas formas de considerar las cosas graves y profundas de la vida son, en definitiva, las que les dan fisonomía propia a los países, y, como tales, siempre que no impidan su progreso, deben apegarse a ellas. En este sentido, ¡cuánto más interesantes son los países monárquicos que los republicanos!

Refiriéndose a estos asuntos, escribía Rodó a una muy noble dama de su patria, modelo viviente de lo que fué nuestra mejor sociedad patricia, que el culto de los recuerdos del antiguo Montevideo era todavía una fuerza de selección y de cultura.

Abogaba por el libre despliegue de individualidades superiores, emancipadas de la tiranía abstracta del Estado. Efectivamente, la democracia no ha llegado a su edad de oro o, por lo menos, alcanzado ese desarrollo armónico que ha caracterizado a otros regímenes del pasado. Problema urgente es desmaterializar, espiritualizar, si cabe la expresión, al sistema democrático.

En este y en otros problemas fundamentales para la sociedad, Rodó demostró tener un criterio muy perspicaz. Ello le hizo el gran educador de las repúblicas de habla castellana. Expuso, como esteta, verdades vitales y magníficas. Por vivir la vida hermosa, vida dedicada a la mayor parte del tiempo a las más puras actividades de la mente, se conseguirá, mediante la democracia, un nuevo ideal de vivir. La entrada de Rodó en política puso a la personalidad del escritor bajo la faz de un abnegado servidor de los más altos ideales. Amaba en la democracia a una gran causa por cuya realización hubiese sacrificado muchas horas de su activísima vida intelectual. Con un perfecto sentido de la libertad y de la justicia y respetando el derecho ajeno como pocos uruguayos, puso su pluma y su actividad moral en la balanza de aquellos que reivindicaban el derecho de autodeterminación contra el prestigio omnipotente del Poder Ejecutivo. A pesar de las hermosísimas palabras inscriptas en las no menos hermosas Constituciones latino-americanas, el Presidente absorbe toda iniciativa en asuntos de Estado. Si aconteciera siempre que la primera magistratura recayese en un gran patriota u hombre superior, ello no sería un gran inconveniente, pero perteneciendo esta última a hombres audaces sin la debida preparación, el Gobierno, en estas partes del mundo, puede calificarse de tiranía más o menos disfrazada. Fué adversario del socialismo de Estado y de sus falaces consecuencias. En la gran crisis que aún mantiene dividido al Uruguay, sacrificó su banca parlamentaria y otras posiciones oficiales por mantener a toda costa lo que sabía que era lo justo y recto. Preciso es recordar lo que este renunciamento importaba para su decoro personal, pues le ponía al borde de una miseria dorada.

Desde ese momento se constituyó en el educador cívico de la juventud uruguaya. Pocos hollaron este noble sendero. Vióse

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

desterrado de la política y de todas las ventajas que ello importaba en países pequeños y faltos de instituciones independientes para los intelectuales. Invitado a formar parte activa del partido oficial, hubiese respondido como Dante al tirano que le ofreció la vuelta a su amada Florencia, a trueque de su libertad de opinar: «¡No! ¡Así no! Después de todo, el aire es el mismo en todas las comarcas; brillan el sol y las estrellas en todo sitio».

La soledad y el silencio que resultaron de su abandono político le determinaron a volver sus ojos hacia Europa, cuyas artes y literatura le eran tan caras.

En carta a un peregrino ingenio, selecto amigo suyo, Julio Piquet, le expresa cuánto le deprime la pobreza del medio ambiente intelectual, desprovisto de poderosos estímulos para su rica imaginación.

La esperanza de redimirse a sí mismo, vale decir, destruir su nostalgia por una nueva visión de las cosas, le impulsó a viajar por tierras de belleza e intensa civilización. El realizar este anhelo fué su constante preocupación. Esta actitud de su espíritu puso amargura en su corazón y silencio en sus labios.

Realizó su propósito cuando el semanario literario argentino *Caras y Caretas* le ofreció el puesto de corresponsal en Europa. El abandonar por primera vez el país de su nacimiento, parece haber despertado la silente admiración que sus conciudadanos tenían por su genio. Una demostración espléndida trajo a la atribulada alma del más eminente hijo artístico del Uruguay, un eco de esa estimación universal en que había de admirarse su nombre en lo futuro.

Fuése para no volver jamás. Triunfalmente, sin detalle alguno que pudiese anunciar su tan próximo fin, desapareció de la vida de la América latina, rodeado del más desinteresado cariño y de la más ardiente admiración.

¡Qué gran satisfacción habría sentido su alma de tan exquisita simpatía para el valor ajeno!

Comenzó su peregrinar cultural por Italia, la bienamada de poetas y artistas. Ello se tradujo para las letras, en el bello libro titulado *El camino de Paros*. Divídese en meditaciones y andanzas. ¡Viaje de asombro y de misterio, de melancólico trascendentalismo, iba a ser éste! Se nos presenta aquí el viejo mito alegórico que enseñaba en el clásico pensamiento, el transcurso ineludible de las cosas y de los hombres. ¡*Beauté oblige!* ¡Qué intensas las horas, las últimas horas en su fantástico andar ante las sugerencias estéticas de Florencia, de Roma, de Bolonia, Tivoli y Nápoles! En Palermo, donde el cielo es inmensa turquesa, donde el espíritu helénico aun flota en ruinas y se detiene a menudo en cuerpos humanos, halló Rodó su muerte el día 2 de mayo de 1917.

Réstame decir, para cerrar este breve ensayo, que Rodó poseía las mejores cualidades del hombre latino-americano, unidas a esa seriedad de propósito e integridad moral tan hondamente característica del castellano de antaño.

Su recuerdo nos inspirará siempre reverencia y respeto por la belleza intelectual. Vivirá entre nosotros, mientras el pensamiento sereno, engarzado en arte supremo, sea una fuerza para nuestro desenvolvimiento.

Su gran mérito estriba preferentemente en que fué un hombre cuya conducta pudimos admirar tanto como su exquisito arte del decir.

ALBERTO NIN FRÍAS.

(*La Nación*, Buenos Aires)